

tores, los adornistas, y hasta los constructores de trajes, los que están obligados á escudriñar en los archivos y hacer estudios profundos, para no chocar al público en el mas pequeño pormenor, en el traje del último de los conparas. Cuenta el difunto lord Holland, en la vida de Lope de Vega, haber visto en su juventud, representarse á Catón en el teatro de Londres con un pelucon á lo Luis XIV. En España, en tiempo de nuestros padres, el maestro de Alejandro se presentaba como un viejo pedagogo, vestido de negro, con la espada ceñida y el sombrero de tres picos. No se lo que sucedía en Francia en aquella misma época, aunque no ignoro que entre vosotros se ha dado mayor importancia á esta parte erudita del arte, principiando por vuestros escultores y pintores. Pero el hecho es, que en to las partes se ha verificado una verdadera revolución, y que esta revolución se ven figurar al lado de los literatos á actores ilustres, como Lekain, Kéable, Maitieux, Talma.

La afición á los viajes, y la mas frecuente comunicacion entre los diferentes pueblos, han hecho tambien mas necesario el estudio de lo que se ha convenido en llamar el color local. En otros siglos apenas se sabia lo que pasaba el otro lado de las fronteras: ahora, preguntamos todas las mañanas lo que sucede en la China y en el Afghanistan.

La grande actividad que caracteriza á nuestro siglo, influye poderosamente sobre el teatro. Se exige mayor animacion, mas movimiento en el drama; que se detenga lo menos posible, y que se apresure á llegar al objeto.

El público, en su impaciencia, sufre con despecho los relatos minuciosos, las confidencias inútiles, los diálogos largos, por bellos que sean; toma demasiado á la letra, con respecto al teatro, el viejo adagio inglés: el tiempo es oro; y no quiere perderle. ¿Cómo habiamos de sufrir á los actores conversando inmóvil es sobre la esce-

na: nosotros que recorremos el mundo en el vapor?

Cada siglo tiene sus gustos, y es preciso tenerlos en cuenta, si se quiere obtener buenos resultados en la escena. En el teatro, mas que en otra parte alguna, es donde se ejerce el imperio de la Democracia, en el cual se reflejan, como en un espejo movable, las pasiones, las ideas, el espíritu de la época.

Nuestro siglo, hijo de una revolución que ha trastornado el mundo, es grave y serio. Adviértese hasta en sus entretenimientos, y es menos fácil hacerle reír que llorar. Véase aparecer por cada comedia cien dramas.

Toda la literatura manifiesta el mismo carácter: en los géneros mas frívolos, en los accesos de alegría, se descubre algo de triste y sombrío en el fondo del pensamiento. Se ve á un siglo condenado á un engendro doloroso, entre los recuerdos de un pasado que dejó profundas huellas, y la incertidumbre de un porvenir que entrevé con espanto. Hace prontamente lo que las gentes que sienten un malestar, sin hallar reposo en ninguna parte; anda, anda, anda siempre, sin que sepa el mismo donde podrá detenerse.

Señores, he concluido mi tarea, ó mas bien acabo de indicar los términos de ella. Conozco cuánto mas y mejor podia decirse acerca del estado de nuestro teatro, pero he manifestado nuestro digno presidente, pero para abarcar el conjunto, hubieran sido necesarios mas tiempo, mas solaz, y sobre todo, mas conocimientos de los que yo poseo.

He debido limitarme á imitar á aquellos viajeros, que cogen de paso algunos frutos, sin siquiera pararse en el camino. Vosotros, señores, dueños del campo, debéis entrar en el de lleno, y podreis recoger una hermosa cosecha.

VARIEDADES.

CAUSA

CONTRA JUANA DE ARCO,

DONCELLA DE ORLEANS.

(CONCLUYE.)

Igualmente se la hizo de haber seducido á las gentes abrogándose el culto divino, y poniendo su imagen en los templos. Nególe con indignacion, añadiendo que no habia ido tan lejos el falso celo del pueblo, á quien ella no habia podido moderar.

Preguntada si tenia confianza en su estandarte, dijo que la tenia limitada y ciega, en el que representaba la imagen del mismo.

Preguntada si se sujetaba al juicio de la iglesia militante, contestó afirmativamente, pues que si declarase ilusiones sus visiones, apelaría del juicio suyo al de Dios.

Se la acusó de haber violado los preceptos de Dios mandando á hombres, y repuso que sus victorias probaban que Dios la habia autorizado sirviéndose de ella, vil instrumento como era, para la ejecucion de sus designios.

En cuanto á la magia, ni sabia si las

hadas eran ó no espíritus malignos, y apenas habia oido hablar de ellas.

En vano se la tendieron arteros lazos; su buen sentido la impidió caer en ellos. Hizo una relacion candorosa de su vida arreglada, atribuyéndola á Dios haber salido liesa de tantos peligros. Objétandola que Dios no se comunica con mortales que han teñido su mano en sangre humana, espuso que el Dios de los ejercicios escogió á quien es su voluntad para su desagravio.

Reprochada de vanagloriarse de saber á quienes amaba Dios, y á quienes aborrecía, respondió que jamas lo habia hecho, y que si creía que Dios protegia al duque de Orleans, era porque habia tenido varias visiones que la habian inspirado esta creencia, sin poder formar juicio de lo que Dios pensase de los demas.

Preguntada si amaba Dios á los ingleses, dijo que nada sabia del castigo ó aborrecimiento que les tuviese, ni del estado de su alma; pero que si podia asegurar que serian vencidos por los franceses, y arrojados de Francia, á escepcion de los muertos en el campo.

Preguntada si habia pecado alguna vez obrando como decia obraba por inspiracion del cielo, respondió que estaba muy lejos de abrigar semejante presuncion á pesar de haber procurado no ofender á Dios; que los santos que se la aparecian la escribían á confesarse; que á menudo ignoraba si era digna de amor ó de odio; pero que to-

dos sus deseos, todos sus pensamientos se habían cifrado en agradar á Dios, y en servirle de todo corazón.

Se la preguntó si no creía que teniendo revelaciones no podía estar en pecado mortal, y contestó refiriéndose á Dios, y creyéndose que si hubiese perdido su gracia cesarian de visitarla los santos.

Preguntada por qué confesaba con frecuencia teniendo pura la conciencia, dijo que la conciencia mas pura tenia necesidad de limpiarse muchas veces.

Así, lejos de dar asidero alguno á sus jueces, cerrábales la boca.

Se amontonaron cargos sobre cargos, preguntas sobre preguntas, se la reprochó haber mandado al rey, á los príncipes, á los generales; que se hacia servir por hombres dando así á sospechar de su honra, y se la acusó de avaricia, y de haber proferido blasfemias y juramentos propios de soldados.

Que el rey, visto el feliz éxito de sus empresas y lo acertado de sus juicios, la hacia el honor de pedirle consejo; que los príncipes y los barones se hacian un placer de obedecerla, y se sometian gustosos á sus órdenes generales; que no era ella sino Dios quien á todos dominaba, quien á todos unia y hacia obrar de concierto para echar de Francia á los ingleses; que ningun hombre la habia prestado sino servicios estereos; que siempre habia dormido, ó con otra muger, ó vestida y armada cuando no habia tenido esta ocasion, para evitar la sospecha y murmuración á que pudiera entregarse la malicia; que jamas habia adquirido nada por medios ilícitos, que el dinero que recibia era para el prest de los soldados, y que no tenia otras riquezas que los beneficios de su rey; estas fueron sus respuestas, negando por último haber blasfemado y jurado en vano el nombre de Dios.

Todavía se la preguntó si los santos que se la habian aparecido tenian cuerpo material, y se refirió prudente á Dios.

¡Dignas preguntas de tan despiada-

dos enemigos tratándose de una jóven sin otra instruccion que la natural! ¡Digno espectáculo el de unos doctores hábiles poniendo en tortura su malicia y su talento para sorprender á una doncella, que sin otro auxilio que su despejo, se desembarazaba de vanas cuestiones, oponiendo su inocencia á los ardidcs y subterfugios! Porque llevó á la consagracion del rey su astandarte, se la preguntó por qué le habia preferido á los demas, y les satisfizo, diciendo: que porque le era querido al rey habiendo ella vencido bajo él; porque se habia resistido á responder y jurar sobre cuestiones delicadas, la dijeron que menospreciaba la iglesia en su obispo á quien debia responder. En vano espuso que lo que se exigia de ella era un secreto de Estado, y que antes sufriria la muerte que descubrirle, y que podrian dirigirse al rey, quien le satisficria su curiosidad, si no veia en ello inconveniente.

Interrogada acerca de su fe á la Iglesia y al Papa, dijo que reconocia á Su Santidad como el vicario de Dios en la tierra, y á la Iglesia para juzgarle en materias de fe y de conciencia: que si erraba lo corrigiesen.

Bien se ve que la verdad y su inocencia hablaban por ella, que el proceso fué una maquinacion tan grosera como infame, que envileció y degradó á una nacion violando el derecho de gentes, y los fueros de la guerra. Todas sus palabras no respiraban otra cosa que el deseo de la vida eterna, deseo que preocupaba siempre su imaginacion, deseo manifiesto en la candorosa sencillez con que dijo que los santos que se la habian aparecido, la habian prometido que iria al paraíso con tal que conservase su cuerpo exento de mancha y se mantuviese virgen.

Seria interminable reseñar los puntos sobre que fué interrogada. Nada se escapó á la maligna curiosidad de sus jueces. Parecia complacerse en sofocarla, y en hallarla culpable. Irritados porque recusó su juicio, sometiendo al del Papa, que no era como

ellos su mortal enemigo, se apresuraron á condenarla.

Insistiendo el promotor en sus conclusiones de ser la Doncella supersticiosa, escandalosa, hechicera, adivina, invocadora de los espíritus malos, herética, impia, cismática, culpable de haber ocultado su sexo, y de haber engañado al pueblo protestando visiones y apariciones, y sin otra defensa verbal al interrogatorio en 24 de Mayo de 1431, declaró aquel inicu tribunal, conforme con el promotor, que todo lo que habia hecho Juana de Arco en servicio del rey de Francia, habia sido ejecutado por ministerio del diablo, cuyo órgano habia sido, y la entregó al brazo seglar. Todos los esfuerzos de sus jueces tendieron á persuadir que los distinguidos hechos de la Doncella eran obra del demonio, á fin de poder reparar la vergüenza y la confusión de los ingleses, y de empañar las glorias de esta heroína. Por entonces se limitaron á sentenciarla á prision perpetua, y á que abjurase de sus errores dando ó la sentencia un aparato de anterioridad que la faltaba en medio de concurrir dos obispos mas, el capitulo de la iglesia catedral de Ruán, diez y seis doctores, doce teólogos, y once abogados. Para mas aflijir á la Doncella, fué espuesta en un cadalso y amonestada y predicada. Allí, sin embargo, exortada á someterse al juicio de la Iglesia, dijo que se sometia al juicio de Dios y de su representante en la tierra; y como irritase esta manifestacion, añadió que ella creia todo lo que la Iglesia. Debilitado por fin su espíritu, cesó á tantas amonestaciones y amenazas, haciendo la abjuracion que se la impuso. Ni relejó con esto el rigor de la condena y de los malos tratamientos que sufría, solo se la alzó la excomunion, y vestida de muger fué desde allí á un calabozo cargada de grillos y cadenas.

No satisfechos los ingleses con esta primera parte del drama, deseándole sangriento en su rencor insano, y jura-

da la muerte á cualquier precio, idearon un ardid para tomar un pretesto. Introdujeron en su calabozo un vestido de hombre esperando se le pusiese, y hacer entonces de este acto de desobediencia un crimen digno de la pena capital. Sucedió como lo habian previsto y deseado. Arrepentida de su forzada abjuracion, trocó de vestido, interrogada sobre la causa de este ceso, dijo que se lo habian ordenado los santos y que preferia obedecer á Dios. No temia la muerte, y persuadida de que todo debia sacrificarse á la verdad, y de que eran la verdad las ilusiones de su exaltada fantasia, mostró un carácter inflexible. Declarada herética y relapsa, fué de nuevo entregada al brazo seglar, y condenada á gada al brazo seglar. Todos los esfuerzos de sus jueces tendieron á persuadir que los distinguidos hechos de la Doncella eran obra del demonio, á fin de poder reparar la vergüenza y la confusión de los ingleses, y de empañar las glorias de esta heroína. Por entonces se limitaron á sentenciarla á prision perpetua, y á que abjurase de sus errores dando ó la sentencia un aparato de anterioridad que la faltaba en medio de concurrir dos obispos mas, el capitulo de la iglesia catedral de Ruán, diez y seis doctores, doce teólogos, y once abogados. Para mas aflijir á la Doncella, fué espuesta en un cadalso y amonestada y predicada. Allí, sin embargo, exortada á someterse al juicio de la Iglesia, dijo que se sometia al juicio de Dios y de su representante en la tierra; y como irritase esta manifestacion, añadió que ella creia todo lo que la Iglesia. Debilitado por fin su espíritu, cesó á tantas amonestaciones y amenazas, haciendo la abjuracion que se la impuso. Ni relejó con esto el rigor de la condena y de los malos tratamientos que sufría, solo se la alzó la excomunion, y vestida de muger fué desde allí á un calabozo cargada de grillos y cadenas.

Destinada por sus implacables enemigos á tan horrible muerte en la primavera de sus dias, no decayó su espíritu. Su fe ardiente la hacia mirar con desprecio todo lo que era de este mundo ante la gloria eterna que se la ofrecia. Su marcha era firme; los arcos que la escoltaban parecian decirse á sí mismos: conducidos á una virgen al martirio; su semblante, fiel retrato de su alma en el que leia el público con avidez los sentimientos que la animaban, era el objeto mas bello de aquel espectáculo imponente, era su triunfo, la ignominia de sus enemigos.

Su fisonomía, espresion de un valor prudente, de la modestia de su sexo, y de un yo no sé qué nada comun, junto con las gracias de una jóven amable, contrastaba demasiado con el fo-

roz semblante de sus opresores agitados por pasiones desordenadas. ¡Quién es esa joven de veinte años que marcha tan serena á la muerte! Es una joven inocente que ignora el nombre del vicio, es una amazona que ha salvado el trono y la independencia de la patria, terror que ha sido de los ingleses. Es Juana de Arco, vencedora de éstos, que vendida por sus ámulos ha cedido á la fuerza, y cuyos enemigos, vengándose de ella, quieren igualar los ultrajes y afrentas que la hacen sufrir á la confusión que les ha hecho experimentar, á la vergüenza de ser á ella inferiores; ¡cuál no sería el temple de esta joven, tan superior en la adversidad á sus enemigos, sin desmentir su heroísmo hasta la muerte!

Subió sin turbarse las gradas del tablado erigido en la plaza del Mercado viejo de Ruan, y atada al mismo, se puso fuego á la leña. Dios sea bendito, fueron las últimas palabras que pudo pronunciar de la ferrozosa plegaria que dirigió al Eterno. Reducida á cenizas, y mezclada con las de los héroes, fueron arrojadas al río.

En el curso de su causa fué á Paris una bretona y sostuvo públicamente que era enviada de Dios la Doncella. Por mas que se hizo, no cambió de opinión, y espuesta, y amonestado en publico como la Doncella, fué abrasada como ésta el 3 de Septiembre en 1430. ¡Qué honor para la Doncella haber contado un mártir de su causa! Un fraile dominico amenazó en sus sermones con la justicia de Dios á los asesinos de la Doncella, y hubiera corrido igual suerte á no haberse retractado. Una larga y dura prision á pan y agua fué el castigo de su opinion.

El sitio en que murió la Doncella está ocupado por una hermosa fuente monumental que perpetúa su memoria, y la deshonra de los ingleses, así como el monumento de Orleans, lugar de sus primeros triunfos.

Como lo habia predicho la Doncella,

vióse al fin libre la Francia de sus enemigos.

Dos cancilleres de la universidad de Paris defendieron en sus obras la buena memoria de la Doncella, y á petición de su madre y hermanos, y á petición de su madre y hermanos, y con la cooperacion del rey, dió el papa comision á un cardenal, un arzobispo y dos obispos para que revisasen el proceso. Nominada otra para una informacion de su vida y costumbres, que resultaron ejemplares, descubrieronse entonces los vicios de la causa, las iniquidades empleadas para que apareciese lo que se propusieron sus enemigos. Un considerable número de testigos respetables miraban como divinos sus actos, porque habian visto confirmadas sus predicciones, por sus juicios acertados, por su fuerza de conviction. Por fin, despues de haber oido á 112 personas, fué anulado el proceso y declarada Juana de Arco inocente de todos los crímenes que se la habian imputado, restablecida la buena memoria, y calificado de nulo, injusto, calumnioso, y obra de la violencia el juicio pronunciado contra ella. Fué ademas hecha pedazos la causa, y mandado que la sentencia que restablecia el buen nombre de la Doncella fuese leida en la plaza de San Andrés en Ruan, y se la hiciese una procesion general, predicándose despues un sermón en su loor.

Otra procesion y otro sermón se dispuso y se llevó á efecto en la plaza del Mercado viejo. Poco despues se le erigió la fuente con su estátua. Esta sentencia de justificacion fué dada veinticinco años despues de su diañacion, en Julio del año 1456.

Contra siete testigos, todos sirvientes de los jueces, que depusieron contra la Doncella, declararon mas de ciento, entre los que se contaban príncipes, duques, barones, cardenales, abades. Las actas espresan que fueron oidos treinta y dos testigos de Dom-Remy, treinta y seis de Orleans, veintisiete de Ruan, y diez y nueve de Paris. Los primeros rechazaron la sospecha de

mágia, los demas adujeron pruebas de sus buenos sentimientos religiosos, y todos de su pudor.

Carlos VII, sin dudar avergonzado de no haber salvado á toda costa á la Doncella que sentó en sus sienes la corona, que ennoblecíó y á toda su familia, y descendencia, y la concedió el uso de un escudo de armas con flores de lis, el apellido de Lis, y la propiedad de una isla en el Loira, de doscientos arpents, que pertenecía al real patrimonio.

Entre los innumerables escritores de varios países que han encomiado los hechos de la Doncella y refutado las calumnias de que fué victima, se cuentan Pio V, San Antonio de Florencia, un arzobispo, dos obispos, el P. Mariana y otros tres jesuitas, un cardenal y otros eclesiásticos, que la juzgan santa y mártir, modelo de buenas costumbres.

Comparada á Débora y á Judith, historiadores propios y extraños, convienen en que reñimo el abateo valores de los franceses, volviéndose su libertad y su gloria.

Muchas personas que habian prestado algun servicio á la Doncella, ó que habian merecido su estimacion, obtuvieron gracias. Su pueblo y otros fueron exentos del servicio militar y de contribuciones.

La Lorena pretendió que la Doncella era oriunda de allí, y la poesía se consagró á celebrarla. Chapelain le dedicó un poema de doce cantos, y la pluma de uno de los primeros poetas líricos de la Francia, Malesherbes, se ocupó en ensalzar sus proezas.

Tal fué la vida y muerte de la Doncella de Orleans. No hay un francés á quien no sea querida su memoria, debiéndola la patria. Decía un inglés á un francés: "Qué vergüenza para la Francia deber su salvacion á una muchacha!—Qué deshonra, le respondió el francés, para la Inglaterra haber sido vencida y acobardada por una muchacha!"

GUILLELMO TELL.

..... Viágenos no por la Helvecia de los montes y las nerceras, sino por la Suiza de las praderas y de los lagos; no por el país fabuloso, sino por el país histórico; subamos esa pequeña montaña que está delante de nosotros, y pasando por un cementerio cubierto de rosales, lleguemos por la izquierda de la iglesia á una capilla fundada en el mismo sitio que ocupaba la casa en que nació Guillermo Tell.

Por conocida que sea la historia del héroe popular, cuyo nombre acabamos de pronunciar, y por mas que estemos familiarizados con esa historia viéndolos en el lugar que nos hallamos, y debiendo recorrer los lugares que tenemos á la vista, no podemos menos de seguir en su desarrollo, la asociacion que forma la mas duradera república, no solamente de la época moderna, sino tambien de los antiguos tiempos.

Alberto de Austria, descendiente de la casa de Absburg, ciñó la corona imperial en 1298, y poseía en medio de las comarcas de la antigua Helvecia á título de mayorazgo de pueblos, Absburg, su gran número de pueblos, tierras y castillos, que hoy día forman parte de los cantones de Zurich, Lucerna, Yona, Argovia, &c. Los condes de Saboya, Neufchatel, y Rapperschwyl, poseian lo restante del país.

Difícil y enojosa tarea sería contar la historia de aquella nobleza rica, desenfrenada y revoltosa, siempre en guerra ó entre placeres, derramando la sangre y el oro de sus vasallos, y coronando las crestas de las montañas con torres y fortalezas, desde donde se lanzaban á la llanura para recoger sus depredaciones y llevarlas

á sus castillos. Los que tal hacían, no eran solo los hombres del siglo, pues los poderosos obispos de Bale, de Constantza, de Coira y de Lausana y los opulentos abades de Saint-Galles y de Einsiedlen, seguían el ejemplo de los grandes barones. En medio de aquella tierra cubierta de esclavos y de tiranos, no había mas que tres comarcas en que se respiraba el aire de la libertad; Uri, Schwitz y Untervald cuyos habitantes se reunían en 1291 dándose palabra y fe de defenderse mutuamente familias y bienes con las armas ó con los consejos, segun el caso lo exigiera.

Alarmado Alberto con esta demostracion hostil, quiso obligarles á renunciar á la proteccion del emperador, que era su único soberano, y someterlos á la mas inmediata y directa que era la de los condes de Absburg, con el objeto de que alguno de sus hijos que no le sucediese en el trono imperial, conservase al menos la soberanía de aquel país, que incorporado en el imperio, dejaba de pertenecer á la noble casa de los duques de Austria. Pero los montañeses de Uri, Schwitz y Untervald, tenían á la vista la tiranía con que eran gobernadas las tierras vecinas para no dejarse engañar, y suplicaron no se les privase de la proteccion del emperador reinante, esto es, que no se les segregase del imperio. Alberto les respondió que deseaba tenerlos como á hijos propios, ofreció feudos á los principales ciudadanos, y quiso instituir diez caballeros en cada distrito; pero aquellos altivos helvecios replicaron que no querían nuevas gracias, sino conservar sus primitivos fueros y libertades. Alberto quiso entonces sujetarlos por medios de rigor, y envió dos batallios alemanes conocidos por su carácter brutal y despótico. El uno se llamaba Herman Guesler de Brouneig, y el otro el caballero Beringner de Landenberg. Establecieron en el país confederado, á lo que nunca se atravesaron sus antecesores; Landenberg se alojó en el

castillo real de Sarnen y Guesster, no encontrando en el país morada bastante cómoda, mandó edificar una fortaleza, á la que dió el odioso nombre de *Urijoch ó Yugo de Uri*. Desde luego comenzó á poner en ejecución el plan de Alberto, que de este modo pensaba obligar á los confederados á apartarse del imperio y someterse á la casa de Austria. Dobláronse los impuestos, castigáronse con crecidas multas las faltas mas leves, y los desgraciados ciudadanos fueron tratados con el mayor desprecio y altanería.

Un día Herman Guesler seguido de un solo escudero recorría á caballo el canton de Schwitz; y se detuvo delante de una casa que acababa de construir Werner Stauffacher.

—No es vergonzoso, dijo al escudero, que esos miserables siervos edifiquen para sí tan hermosas viviendas, cuando deberían contentarse con una choza?

—Dejad que la casa esté acabada del todo, monseñor, contestó el escudero, y entonces mandando esculpir sobre la puerta las nobles armas de la casa de Absburg, veremos si su dueño se atreve á reclamarla.

—Tienes razon, dijo Guesler, y espolcando su caballo, siguió su camino.

La muger de Werner que estaba en el umbral de la puerta oyó la conversacion y mandó á los trabajadores que cesasen en la obra, y volvisen á sus casas. Obedecieron los jornaleros, y cuando Werner llegó miró con extrañeza el abandono de la obra, y preguntó á su muger, por qué se habían ido los albañiles y con orden de qué.

—Con orden mía, respondió ella.

—Y eso por qué?

—Porque los siervos y vasallos deben contentarse con una choza. Werner suspiró tristemente y entró en su casa; y como era hora de comer sentóse á la mesa. Su muger le presentó pan y agua y se sentó á su lado.

—¿Qué es esto, muger! ¿no hay ya

casa en la montaña, pesca en el lago, ni vino en la bodega?

—Cada cual debe de vivir segun su clase; los esclavos y siervos no deben mantenerse mas que de pan y agua.

Werner frunció las cejas, comió un pedazo de pan y bebió agua, descolgó de la pared una antigua espada, y echándose la al hombro, salió sin pronunciar palabra alguna y llegó hasta Brunnen. Allí pasó el lago en una barca de pescadores y dos horas antes de amanecer, llamaba en Attinghausen á la puerta de la casa de su suegro Walter Furst. Bajóle á abrir este mismo, y aunque extrañó que su yerno le visitase á tales horas, no le preguntó el motivo y mandó á un criado pusiese sobre la mesa un cuarto de gamo y una botella de vino.

—Gracias, padre, dijo Werner; tengo hecho voto de

—De qué? . . .

—De no alimentarme [mas que de pan y agua, hasta un día bien lejano quizá.

—¿Qué día será ese?

—El de nuestra libertad.

—Buenas palabras son las que has dicho; pero enseñás valor para pronunciarlas ante otros, así como al anciano á quien llamas padre?

—Las repetiré delante de Dios que está en el cielo, y delante del emperador, que es su representante en la tierra.

—Bien, hijo mio! Hace mucho tiempo que esperaba de tí tal respuesta en semejante ocasion, y en verdad que ya empezaba á desconfiar.

Volvieron á llamar de nuevo á la puerta. Walter y su yerno fueron á abrir; y se presentó á sus ojos un jóven armado con una especie de maza; un rayo de luz iluminó sus facciones pálidas y desengañadas, y al reconocerle ambos, pronunciaron el nombre de Mechtal.

—¿A qué vienes preguntó Walter; Furst, asombrado de su palidez; ¿qué quieres?

—Asilo y venganza! respondió Mechtal con voz sombría.

—Tendrás lo que pides, si la venganza puedo dítrela como el asilo, contestó Walter; y preguntó de nuevo:

—¿Qué ha sucedido?

—Estaba yo en el campo viendo parecer á mis dos mejores bueyes, cuando acertó á pasar un escudero de Landenberg, que deteniéndose se acercó y dijo:

—Esos bueyes son demasiado buenos para un vasallo, y conviene que cambien de dueño.

—Estos bueyes son míos, contesté; y como los necesito, no quiero venderlos.

—Y quien te habla de venta villano!

—Si me tomáis esta yunta, no le podré trabajar mis tierras!

—Los villanos como tú, ya pueden arrastrar por sí mismos la carreta, si quieren comer pan, de que son indignos.

—Vamos, seguid vuestro camino, y os perdono!

—Y dónde tienes arco ó ballesta, para hablar de esta manera?

Cercauo á mí estaba un arbolillo y lo rompí. No necesito arco ni ballesta, dije; ya veis qué armas uso, y le enseñaba el palo que acababa de hacerme.

—Si te acercas á mí un paso, te saco las tripas como á un gamo, me dijo.

Di un salto sobre él, con el palo levantado y le dije:

—Si llegais á poner las manos sobre mis bueyes, os tiendo tan largo como sois.

Tocó sin embargo el yugo, y en el mismo tiempo dejó caer el palo y di con el insolente en el suelo, habiéndole roto un brazo como si fuera un mimbre.

—Hiciste bien y con justicia, exclamaron los dos oyentes.

—Ya lo sé, y por esto no me arrepiento, continuó Mechtal; pero también he debido escaparme. Abandoné mis bueyes, me escondí durante el día en el bosque de Roestock, y llegada la noche pensé en vos, Walter, que sois bueno y hospitalario.

an—En hora buena, Mechtal, dijo el clano alargándole la mano.

—Esto no basta, dijo el joven; vendría enviar un hombre inteligente á Sarnen, para que se informase de lo que ha pasado desde ayer, y qué medidas de venganza ha tomado Landenberg contra mí. Oyéronse pasos, lentos ya por el cansancio, y un instante después llamaron de nuevo á la puerta y una voz se dejó oír que decía:

—Abrid, que soy Ruder.

—Mechtal abrió la puerta para abrazar al criado de su padre; pero le vió tan pálido y abatido, que retrocedió lleno de espanto.

—¿Qué ha sucedido, Ruder? Preguntó Mechtal con voz trémula.

—Desgraciado de vos, mi querido amo! ¡Desventurado el pais que mira con indiferencia tantos crímenes! ¡Infeliz también yo portador de infamias nuevas!

—¿No le ha sucedido nada á mi padre, no es verdad? ¡habrá respetado sus canas! La vejez es sagrada.

—¿Qué, acaso respetan ellos alguna cosa? ¡Hay algo santo para ellos!

—Ruder! . . . exclamó Mechtal juntando las manos.

—Le han cogido y preguntado por nuestro paradero, y como el pobre viejo no lo sabía. . . le han sacado los ojos!

Mechtal lanzó un terrible grito, y Walter y Werner se miraron mutuamente, sus cabellos estaban erizados, y el sudor corría por su frente.

—Mientes, exclamó Mechtal, cogiendo á Ruder por el cuello de su sayo, mientes, porque no es posible que los hombres cometan tales crímenes. ¡Oh! sí, dime que mientes.

—Ojalá, respondió Ruder.

—Has dicho que le han sacado los ojos? y esto solamente porque yo me he escapado como un cobardo; han sacado los ojos al padre, porque no podía entregarles al hijo; han metido una punta de hierro en las órbitas de los ojos de un anciano. . . ; ¡Esto en medio del día, delante de Dios! Y y nes-

tras montañas no se han desmoronado sobre sus cabezas. . . ; ¡Ya no les bastan vuestras lágrimas! ¡quieren nuestra sangre! . . . ; ¡Oh Dios mío, tened piedad de nosotros!

Mechtal cayó como un árbol desarraigado, y revolcándose por el suelo mordía la tierra. Werner se le acercó:

—No llores como un niño, ni te arrastras como un reptil; levántate como un hombre y vengáremos á tu padre.

El joven se levantó súbitamente como movido por un resorte.

—Werner, has dicho que le vengaremos.

—Sí, respondió Walter.

—¡Oh! gritó Mechtal con una sonrisa espantosa.

Oyóse entonces á alguna distancia, el estruendo de una alegre canción, y los primeros albores del día dejaron ver á un nuevo personaje, en un recodo del camino.

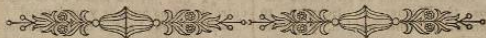
—Entraos aquí, dijo Ruder á Mechtal.

—No es necesario, dijo Walter, que él que se acerca es un amigo.

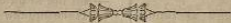
—Que pudiera sernos muy útil, añadió Werner.

Mechtal se dejó caer en un banco, casi sin sentido.

En tanto se aproximaba el viajero, que era un hombre de unos cuarenta años poco mas ó menos, vestido con una ropilla parda, que no le pasaba de las rodillas, trage medio secular, medio monástico; pero sus cabellos largos, barba y bigote segun el uso de los hombres acomodados, indicaban que si en algo pertenecía al claustró, era muy accidentalmente. Su aspecto se asemejaba mas al de un soldado, que al de un monge, y se le hubiera tomado por lo primero, si en vez de espada no hubiese llevado colgado del cinto unintero, pluma, papel y pergaminos, en una especie de aljaba en vez de flechas. Completaban su vestido greguescos azules muy ceñidos, y polainas de cuero, llevando tambien el largo palo de camino, que rara vez olvidan los montañeses. (Continuará.)



VARIEDADES.



GUILLERMO TELL.

(CONTINUA.)

Desde que había distinguido el grupo que se formó delante de la puerta, había dejado de cantar, y acercábase con aquella franqueza que da la seguridad de encontrar personas conocidas. En efecto, á algunos pasos de distancia ya le habló Furet.

—Buenos dias, Guillermo: ¿A dónde vas tan de mañana?

—Dios os guarde, Walter. Voy á cobrar unos censos del convenio de monjas de Zurich, del cual soy cobrador como sabéis.

—¿Puedes quedarte un cuarto de hora con nosotros?

—¿Para qué?

—Para oír lo que quiere decirte ese joven.

Guillermo se volvió hácia Machtal, y viéndole llorar, le alargó la mano diciéndole:

—Dios enjugue vuestras lágrimas, hermano.

—Dios vengue la sangre derramada, contestó Mechtal. . . y contó lo que le había pasado.

Guillermo escuchó con mucha atención y profunda tristeza.

—¿Y qué habeis resuelto? preguntó cuando el joven hubo acabado.

—Vengarnos y libertar el pais, respondieron los tres á la vez.

—Dios se ha reservado la venganza de los crímenes; y la libertad de los pueblos, observó Guillermo.

—Entonces ¿á los hombres qué nos resta?

—Las oraciones que mueven á Dios.

—Guillermo, de poco te sirve ser tan valiente arquero si respondes como un monge, cuando se te habla como á un ciudadano.

—Dios ha hecho los montes para los gamos y gamuzas, y á las gamuzas y gamos para el hombre; por esto son ligeros aquellos, y es diestro el cazador Walter: os habeis engañado llamándome valiente arquero; yo no soy mas que un pobre cazador.

—Atíros, Guillermo, vete en paz.

—Quedad con Dios, hermanos.

Guillermo se alejó, y los otros tres le siguieron con la vista hasta que hubo desaparecido.

—No hay que contar con él, dijo Werner, y es lastima, porque hubiera sido buen aliado.

—Dios nos reserva la gloria á nosotros solos de dar la libertad á nuestro pais.

—¿Bendito sea el Señor!

—¿Y cuándo enpezamos? preguntó Mechtal. Mis ojos derraman lágrimas, y sangre los de mi padre.

—Los tres somos de diferentes distritos, tú, Werner, de Schwitz, tú Mechtal, de Unterwalden, y yo de Uri. Busquemos entre nuestros amigos á diez hombres, con quienes podamos contar, y reunámonos en el Grutli. . . Dios todo lo puede, y cuando se viaja por el camino de la justicia, treinta hombres valen lo que un ejército.

—¿Cuándo nos reuniremos, pues? preguntó Mechtal.

—La noche del domingo al lunes, respondió Furta.

—No haremos falta; y los tres amigos se separaron.

II.

Entre los diez hombres del canton de Unterwalden que debían acompañar á Mechtal en la noche del 17 de Noviembre, había un joven de Wolfranschiess, llamado Conrado de Baumgarten, casado poco había, con la más bella de las hijas de Alzeilen, al que no hacía entrar en la conjuración nada más que el deseo de libertar á su patria, pues él era dichoso. De ahí es, que cuando se separó de su muger no quiso decirle donde iba, pues fingiendo que tenía algun negocio que arreglar, en la aldea de Brunen, la dijo en la noche del 16, que debía irse el día siguiente, la joven palideció.

—¿Qué tienes, Rosa? la preguntó Conrado. Es imposible que una cosa tan sencilla te cause esa impresión.

—Conrado, respondió ella, no podías diferir ese viaje?

—Me es imposible.

—No puedes llevarme en tu compañía?

—De ningún modo.

—Entonces, vete.

Conrado la rió de hito en hito, y la preguntó de nuevo:

—¿Qué tienes celos amada mía? Pero no, esto no puede ser; alguna cosa te ha sucedido que tú me ocultas.

—Acaso es infundado el miedo que tengo, respondió Rosa.

—¿Y qué puedes tener en tu casa, entre nuestros amigos y parientes?

—¿Conoces al señor de esta comarca, Conrado?

—Sí, respondió éste arrugando la frente.

—¿Por qué lo dices?

—Porque me vió en Alzeilen antes de ser tu esposa.

—¿Y le amas! exclamó Conrado apretando los puños y mirándola fijamente.

—Así me lo ha dicho.

—¿Hace mucho tiempo?

—Sí, ya lo había yo olvidado; pero ayer le encontré en el camino de Sanz y volvió á decirme lo.

—¡Bien! bien, murmuró Conrado. ¡Insolentes señores! . . . No era bastante mi amor á la patria, querías también que me inflamase el odio contra vosotros.

En buena hora: acumulad crímenes sobre vuestras cabezas, pues ya se acerca el día de la venganza.

—¿A quién amenazas de esa manera! dijo Rosa; olvidas que es nuestro amor.

—Sí, amo y señor de sus vasallos, siervos y lacayos; pero yo, Rosa, soy libre, ciudadano de Hanz, señor de mi casa y de mis bienes, y si no tengo derecho para administrar justicia como él, tengo al menos el hacerme la yo mismo.

—¿Entonces no te irás? . . .

—Me dado mi palabra y la cumpliré.

—Me permitirás al menos que te acompañe!

—Ya te he dicho que no puedo.

—¿Dios mío! murmuró Rosa.

—Oye; quizá nos atormentamos sin motivo. Nadie sabe que yo tengo que marchar, y mañana al medio día estaré de vuelta, y nadie vendrá á incomodarte.

—Dios lo quiera.

Conrado abrazó á su esposa y salió. La cita, como dijimos, era en Grutli, y todos los citados acudieron. Allí en una pequeña llanura que hace una estrecha pradera, circundada de bojés, al pié de los peñascos de Seelisberg,

la tierra ofreció al cielo uno de los más sublimes espectáculos en la noche del 17 de Noviembre de 1307.

Tres hombres permitían por su honor y por su vida, la libertad de un pueblo entero.

Walter Furst, Werner Sisulfischer y Mechtal alzaron los brazos, y ante Dios, para quien son iguales los pueblos y los reyes, juraron vivir y morir por sus hermanos, hacerlo y soportarlo todo en común, no sufrir ni permitir más injusticias, respetar los derechos y propiedades de los condes de Aaburg, no hacer daño alguno á los batios imperiales, y poner fin á su tiranía; y pidieron al Señor que si aquel juramento le era acepto, le hiciera patente con sus milagro.

En el mismo instante saltaron tres fuentes de agua viva á los piés de los tres gefes, los conjurados gritaron gloria Dios en las alturas, y alzando las manos juraron recobrar la libertad con sus esfuerzos.

Fijóse la ejecucion de aquel proyecto para el 1.º de Enero de 1308, y separáronse tomando cada cual el camino de su casa.

Aunque Conrado caminó aprisa, era ya medio día cuando avistó el lugar de Wolfranchies, y cerca de él la casa donde Rosa debía esperarle.

Todo parecia tranquilo; sus temores se amortiguaron, su corazón latió con menos fuerza, y se detuvo para respirar.

En aquel instante parecióle oír su nombre llevado por una ráfaga de viento: estremeciéndose y contuvo su camino. Pavaba un corte raso volvió á oír la misma voz que le llamaba y tembló, pero que en el lastimero sonido creyó reconocer la voz de su esposa.

Precipitose, pues, hácia el pueblo, y á pocos pasos encontró una muger desmelencolada que pronunció su nombre, y no pudiendo andar más, cayó en medio del camino.

Conrado no dió mas que un salto para acercarse á ella, pues había reconocido á Rosa.

—¿Qué tienes, amada mía?

—¿Huyamos, huyamos! murmuró la infeliz procurando levantarse.

—¿Y por qué hemos de huir?

—Porque él ha venido, Conrado, ha venido cuando tú no estabas.

—¿Ha venido!

—Sí, y abusado de tu ausencia y de verme sola. . .

—¿Había, habla luego.

—Me ha mandado que le preparese un baño.

—¿Insolente! ¿y tú le obedeciste?

—¿Qué había de hacer, Conrado, . . . entonces me habló de su amor. . . ha puesto en mi sus manos; pero yo he huído llamándote en mi socorro corriendo como una loca. . .

—¿Y en dónde está ahora ese malvado!

—En casa. . . en el baño.

—¿Insensato! exclamó Conrado echando á correr hácia Wolfranchies.

—¿Qué vas á hacer, desventurado?

—Espérame, que ya vuelvo!

Rosa cayó de rodillas tendiendo los brazos hácia el camino que Conrado había seguido, y así permaneció durante media hora, muda é inmóvil como la estátua de la oracion, hasta que levantándose de improviso dió un grito.

Era que Conrado volvía pallido y con una hecha ensangrentada en la mano.

—Huyamos, Rosa, dijo él á su vez; porque no estaremos salvos sino alejados del lago. Huyamos sin seguir caminos ni sendas; huyamos sin que quieremos verme morir de mi do, no por mi vida, sino por la tuya.

Al pronunciar estas palabras se llevó su esposa hácia el campo. Rosa no era una de esas flores delicadas y endebles como las que suelen producir nuestras ciudades; era una noble montañesa, fuerte y animosa en los peligros, avezada al sol y á la fatiga.

Poco tiempo pasó y los dos esposos llegaron al pié de la montaña: Conrado quiso descansar, pero Rosa le ensabó la sangre que enrojecía el hierro de su hecha, y le dijo:

—¿De quién es esa sangre?

—¿De quién quieres que sea? . . . exclamó Conrado.

—Huyamos, pues, exclamó Rosa, y

continuó el viage, internáronse en lo más fragoso del bosque, trepando la montaña por sendas conocidas únicamente por los cazadores. Conrado quiso detenerse alguna vez, pero su esposa le animó siempre, asegurándole no estaba fatigada. Finalmente, poco antes de amanecer llegaron á la cima de uno de los picachos de Roestok, desde donde oyeron los balidos de los ganados que volvían á sus apriscos en Scidors y Bauen, y descubrieron delante de estos dos lugarillos, echados en el fondo del valle, el lago de Waldstetten tranquilo y puro como un espejo.

Rosa intentó pasar mas adelante; pero sus fuerzas no estaban de acuerdo con su voluntad, y á los primeros pasos cayó al suelo. Conrado la rogó que descansase algunas horas, le dispuso una mulilla cama de hojas y musgo, en la cual durmió mientras él velaba.

El triste fugitivo sintió espirar uno tras otro todos los clamores del valle, y vió apagarse una á una todas las luces que semejan estrellas caídas del cielo. Despues, á los discordantes rumores de los hombres, sucedieron los armoniosos sonidos de la naturaleza, y á las efímeras luces encendidas por manos mortales, aquel espléndido polvo de estrellas que levantan los pasos de Dios. Las montañas, así como los mares, tienen tambien voces inmensas que se elevan en medio de la noche de la superficie de los lagos, del seno de los bosques, ó de lo profundo de las neveras. En sus intervalos oye-se el ruido continuo de las cascadas ó el borrascoso estrépito de los aludes, y todos estos ruidos hablan al montañés una lengua sublime que le es familiar, y á la cual contesta con gritos de espanto ó cantos de agradecimiento, porque aquellos ruidos presagian la calma ó la tempestad. Conrado con el instinto de los lebreles aspiraba las brisas húmedas, que soplaban de cuando en cuando de la parte de Occidente, y murmuraba en voz baja:

—Sí, sí, os reconozco, mensageros de la borrasca, y no os despreciaré, y se inclinó diciendo á su esposa:

—Querida mía, no tengas miedo, soy yo que te despierto. Rosa abrió los ojos y tendió los brazos á su esposa, preguntándole:

—En dónde estamos?

—Es preciso partir; el cielo anuncia la tempestad, y apenas nos queda tiempo para llegar á la gruta de Rikenbach, en donde estaremos seguros; cuando haya cesado el huracán nos iremos á Bauen, desde donde cualquier barquero nos llevará á Brusmen ó á Sisigen. No tengas cuidado y vámonos que ya ruge el huracán.

En efecto, oyesse un trueno lejano que recorrió en su estampido las sinuosidades del valle, y terminó en los desnudos flancos del Arenberg.

—Tienes razon, dijo Rosa, no perdamos tiempo; huyamos, Conrado, huyamos.

Dicho esto, diéronse la mano, y echaron á andar tan ligeros como lo escabroso del terreno les permitia, hacia la gruta Rikenbach.

(Continuará.)



COMIDA

IMPROVISADA.

—Bien venido, Oliver: te aguardaba. Vuelves muy contento: yo estaba rabiando: ¿te han dado acaso la paga del mes?

—El mes! ¡Cáspita! me parece que estamos á 6, y hasta que llegue el '30 ha de pasar medio siglo.

—Pues entonces, ¿qué es lo que te pone de tan buen humor?

—¡Oh! ¡soy muy feliz! Vamos á tener un convidado á comer!

—¿Un convidado?

—Sí, un convidado.

—Pues es el caso, amigo mío, que

yo tambien tengo otro; pero excelente, eso sí; hará honor á nuestra mesa!

—Vive Dios que el mío puede honrar la de un príncipe. Pero Gustavo, será preciso que me digas. . .

—Sí, es muy justo. Ya conoces á la hija del portero que vivía junto á nuestro colegio.

—Rosita, aquella muchacha esbelta y vivarachita. . .

—La misma; pero ahora ha cambiado enteramente, ha progresado, y ya ves que su palmito, con el traje de las elegantes, puede dar lustre á nuestra bohardilla.

—Seguramente: ¿qué gusto! Pues vamos á tener una diversion en regla; porque yo voy á traer un ángel á comer con nosotros, nada menos que una costurera.

—¿Cáspita!

—Casualmente su tía, con quien vive, ha ido á pasar este día á un lugarillo, y la he decidido á que venga á comer con nosotros, ya que así se lo permite la ausencia de su guardiana.

—Muy bien, está arreglado el negocio á las mil maravillas. . . nos vamos á divertir muchísimo. . . debemos darlas una comida espléndida, dispuesta con todo esmero.

—Veo que nos entendemos, me he escapado de la oficina, y es necesario que apresuradamente lo dispongas todo.

—Te estaba esperando para eso con tal impaciencia, que si no hubieras llegado te habria mandado llamar por medio de Benito: es necesario que apresuradamente prepares lo necesario.

—¿De cuándo acá necesitas de mí? No tienes papando natas á tu criado? Que vaya, pues, á la fonda, y dé las órdenes oportunas.

—Ya la he enviado, y. . .

—¿Y qué?

—Puedes oír de su propia boca lo que le han contestado. Eh! . . . Benito. . . mostacabol. . . Ese mentecato está sordo como una tápia. . . Benitoóóó. . .

—Señor. . . me habia rendido el sueño: aquí no tiene uno que hacer mas que estar encerrado entre cuatro paredes. . . y. . . sin caballo ni birlocho, ni ropa que limpiar, ni chimenea que encender. . .

—Silencio, holgazán. . . á ver si despiertas, y puedes decir al señor de Oliver la respuesta del fondista.

—Ah. . . sí. . . si señor. . . ¿dice usted del fondista? . . . me parece que me. . . ha hablado usted de. . . del fondista. . .

—¿A ver si acabas, torpe: ¿qué te ha contestado?

—Que en dándole los treinta duros que importa la comida que ha servido el pasado mes á los señoritos, está conforme en enviar de nuevo, cuanto se le pida; pero que de lo contrario no piensa darle ni siquiera un plato de rábanos.

—¿Cómo. . . ¿es posible?

—Ya lo ves, Oliver; pero yo creo que no hay porque apurarnos; tú debes conservar el dinero de los caballos.

—Ciertamente. . . así debía ser. . . yo he vendido los caballos de tu tío el coronel. . . y debía tener el dinero. . . pero. . .

—¿Pero qué!

—El juego me ha llevado la otra noche en un santiamén todo su importe.

—Vive Dios! Pues estamos medrados. . . ¿y no conservas nada absolutamente de tu última mensualidad?

—Mi bolsa está siempre escuálida. . . te pido mil perdones. . . yo no debería. . .

—Vamos, no hagas el loron, Oliver. . . veamos cómo salimos ahora del apuro; porque esto es lo que mas nos interesa.

—Puede que tu criado tenga algun ahorrito.

—Es verdad! Benito. . . ¿oyes!. . . ¿te has vuelto á dormir!

—Señor. . . aquí estoy.

—¿A ver si tienes algun dinero.

—Ah! si señor. . . ¿lo quiere usted?

—Sí: á ver cuánto es.

—De modo que ya estamos fuera del apuro... A ver, dínos á cuánto asciende tu caudal.

—A unos dos reales, señoritos.

—¡Llévete el diablo con tus dos reales!

—Está visto que este mozallón no sirve para nada.

—¡Linda comida haremos con tus dos reales! A lo menos si tuvieras ingenio para sacarnos del tolladero!

—¿Quién... este mestrenco?... Vivo Dios que si fiamos nuestro alimento en él, ayunaremos hasta el fin del mundo.

Paseábase Oliver por el cuarto, pateando y maldiciendo de su suerte en el juego. Gustavo se rompió los cascos por hallar una salida, y Benito, inmóvil, de pie, con los brazos extendidos y la boca abierta, esperaba las órdenes de sus señoritos.

El lector habrá comprendido por el diálogo anterior una parte del carácter de nuestros jóvenes calaveras; porque jóvenes calaveras son los personajes que hemos introducido en nuestro cuadro. Oliver es un mozo de diez y ocho años y de una figura no vulgar. Habiendo perdido temprano á sus padres, se halló muy pronto dueño de sus acciones, y el juego, su pasión favorita, le arrebató su patrimonio. Está empleado en una administración, á la que va regularmente al fin del mes, por hallarse próximo el día de la paga; pero en el momento que se apodera de su cuarta parte del sueldo, puesto que tiene embargadas las otras tres para satisfacer á sus acredores, se aleja todo lo posible de la oficina, y deja pasar semanas enteras sin volver á ella; verdad es que sus gefes le echan frecuentes repasatas; pero la misma desfachatez con que las oye sin enmendarse, y la buena inteligencia con que desempeña sus negocios en un día de humor para el trabajo, cautivan la indulgencia de aquellos, y en el fondo les hace gracia la conducta picaresca del subalterno.

Gustavo es de la misma edad que Oliver; pero su figura mas gallarda y elegante, y su fisonomía tiene una expresión mas viva. No es sin embargo tan calavera como su compañero, ni el juego le lleva sus napoleones; pero en cambio es un lebrón incansable de todas las mugeres. Penetra en las casas como amigo, como huésped ó como amante, dejando de hacer rara vez alguna de las suyas. Gustavo gasta acaso mas que su amigo en sus diversiones y conquistas; pero el lector estará conforme con nosotros en pensar que tiene mas gusto en la materia, porque se puede sacar mas juego de una comilona ó de un obsequio á una muger de forma, que del juego de monte. Nuestro picarillo es huésped tambien; pero está bajo el dominio de su tío D. Jesus de Sopolano, coronel de la guerra de la independencia, hombre colérico, estropeado por las campañas y por la goja, que suele postrarle á menudo.

A la verdad, las calaveradas de su sobrino le traen en continuo movimiento, porque es muy difícil que Gustavo permanezca dos días en casa, y el simple ejercicio de buscarle en el campo de sus fechorías es suficiente por sí solo para reudir al hombre de mejor constitución, y á poner de un humor endemoniado al mismo Job.

La escena que vamos á trasladar, pasa un mes despues de haberse escurrido el sobrino de las garras del tío, empeñado en casarlo contra su voluntad, trayéndose de Alcalá con su criado Benito un par de hermosos caballos, cuyo importe supo tambien disipar el empleado de la administración. No era el criado á propósito para tal amo, pues no se aviene un torpe mozallón á ejecutar las cosas mas sencillas de un calavera elegante, vivarcho y amigo de las muchachas; pero Gustavo se veia precisado á conservarlo para que no pudiese el coronel saber de su boca el punto donde se encontraba.

Aun daba Oliver fuertes patos de desesperación y de cólera, cuando la

frontera de Gustavo se despijó de pronto y exclamó:

—Ocurrencia feliz, amigo mio... comeremos hoy, vive Dios!...

—¿De veras? confieso que eres mozo de provecho.

—Comeremos, sí... no sé á la verdad como haremos para pagar; mas lo principal es comer.

—Pero esplicate.

—Hace unos seis meses que, durante la ausencia de mi tío, me habia quedado solo en Madrid. Algunas veces iba yo á comer á una fonda, cuya dueña es una morenita de sesenta años, que tiene seis pús de circunferencia, un brazo de hércules, y una figura rara.

Esta venerable movia me miraba con cierta sonrisa que me arrancaba algunas carcajadas; porque retirando los dos pedazos de pergamino que tapan sus estensas mandíbulas, me enseñaba un colmillo de á vara á cada lado, que hacen allí seguramente un efecto magnífico. Satisfecha sin duda de mi complacencia, me arcomenaba de muchas comidas juntas, de temporada en temporada; mas yo, que entonces tenia el dinero de sobra, no me aproveché de sus ofrecimientos. Esta es la ocasion; me presento vestido de viage, la digo que acabo de llegar á Madrid; que de pronto tengo que obsequiar en mi casa á varios amigos, y que fiado en su buen gusto para la eleccion de los manjares y el orden del servicio, me he apresurado á explicarle que me prepare una gran comida.

—¡Magnífico!

—Estoy seguro de que lisonjeada así, nos va á dar una comida régia.

—Es una ocurrencia milagrosa, que voy á parodiar para obtener un soberbio ramillete de dulce. Yo tuve cierta amistad con la sobrina de un confitero, al cual he ayudado algunas veces á hacer jalea para hartarme de dulces: el hombre me está agradecido, y...

—¿Ya verás... ya verás.

—Pues señor, está el banquete pre-

parado á las mil maravillas... pero vamos pronto á encargarlo todo...

Van á tener nuestras niñas una excelente comida... Pardiez, me espongo por ellas, pues saliendo de día es muy fácil ser atrapado por mi tío.

—Tambien seria esusabilidad rara que le encontras precisamente hoy.

—Ella es necesario salir del paso; conque me abandono á mi suerte.

Ambos jóvenes estaban ya en la escalera, cuando les dió Benito:

—Me parece que todavia falta algo.

—¿Qué ha de faltar mentecato!

—No tienen ustedes ni una gota de vino.

—¡Ah!... tiene razon este perillan.

—Y es precisamente lo esencial.

—¿Y que hacemos, Gustavo?

—¿No conoces tú á la hija ó sobrina de algún vinatero?

—¡Uf!... ¡quita allá!... yo elijo siempre mis conquistas en una esfera mas elevada.

—Pardiez! en este momento nos sacaria del apuro un amorcillo con una taberna, porque una comida sin vino...

—No es cosa alegre.

—¿Qué haremos?

—¡Ah!... ¡qué ideal!... El horchatero de enfrente nos fiará cerveza.

—Linda bebida para escitar el buen humor.

—Todo lo hace la aprension: diremos á nuestras consabidas que es vino de *Lacrima Christi*.

—Eres muy inocente, si crees que las has de engañar con eso.

—Tambien podemos subir aguardiente con el dinero de Benito.

—Vete al diablo.

—¡Ah!!!

—¿Qué es eso?

—Idea sublime... idea superlativa. Tendremos vino de Bordeaux y Champagne.

—¿De veras?

—De veras.

—Veamos pues.

—¿Quieres dejar á Benito á mi disposicion?

—Te doy poderes amplios; haz de él lo que puedas.

Salo Gustavo corriendo, se dirige á la casa de la fondista de sesenta abries, y Oliver vuelve á subir de nuevo la escalera con Benito.

El mozallou mira estupefacto al amigo de su amo, que se pone una corbata, arrugándola y magullándola ex-profeso; viste un casaca larguísimo de talle y de faldones, y un chalequillo muy corto; péñuse lisa y llamamente, da al mozarraon á la punta de su nariz, toma un pequeño látigo, cubrese con un sombrero piramidal, casi puntiagudo, y se ejercita al espejo en darse trazas de un insolente.

—¡Cáspital...! Ya usted acaso á hacer papel en alguna comedia? dijo Benito, cuya sorpresa iba en aumento.

—Casi tienes razon... eso es... á hacer un papel de comedia. Estoy perfectamente; vamos... ahora á tí.

—¿Cómo quiere usted que yo tambien represente! Ya usted á disfrazarme!

—Chiton, y obedece: tengo plenos poderes sobre tí, ya lo sabes. Ponte aquellos pantalones que me servian cuando era rico, para montar á caballo... .

—Son muy estrechos, y creo que no podré entrar en ellos.

—Si tal... son elásticos. Muy bien, están perfectamente. Ponte ahora este chaleco encarnado... , ahora la casaca de mahon que me sirre para las mañanas, y cúbrete la cabeza con este casquete.

—Señor, por Dios... me ahogo dentro de tal vestimenta.

—Mejor: eso es mejor porque necesario que vayas muy finchado; de este modo tendrás mas trazas de hijo de las orillas del Támesis.

—De suere que quiere usted pasarme por tamiu.

—¡Diantre!... á ver si callas y me escuchas... sobre todo que no se te olvide nada de lo que te voy á decir.

—Está bien.

—Soy un milord, y eres mi lacayo.

—¿Y qué es milord?

—Un inglés... un hombre muy rico que viene á Madrid á visitar los monumentos públicos, los teatros y las casas de juego. Es fácil conocerlos en las calles por su aire estafalarío, en los teatros por su atónito semblante, y por sus guineas en el juego.

—¡Ah! si... si... ya me acuerdo... el otro día he visto á dos de ellos en la calle, hablando de gozo por ver reñir á dos gallos, y cuando se hallaban estos á punto de despedazarse las crestas, hacian aquellos mil contorsiones estrañas, diciendo que se les figuraba estar en Londres.

—Pues bien, es necesario que te des maña para imitar á uno de esos bobalicones: vamos á casa de un rico vinatero, y cuando te hablen, óyelo bien, no respondas mas que *Yes*.

—¿*Yes*?

—Si: sea cualquiera la pregunta que te hagan ó la conversacion que te dirijan, tú no salgas de *Yes*.

—Lo entiendo perfectamente: eso es muy fácil de retener en la memoria.

—Todavía es preciso que atiendas. Cuando yo te lo mande, te quedarás en casa del vinatero, hasta que tu amo ó yo váyamos á buscarte: si vuelves á casa sin nuestra licencia, te administraremos veinticinco palos. ¿Comprendes?

—¡Oh! lo entiendo muy bien... .

—Si das las señas de nuestra casa, recibirás cincuenta palos; ¿me entiendes?

—Cada vez mejor, señorito.

—Vamos, pues, estamos conformes.

Oliver sale de casa. Benito sigue sus pasos sin poder moverse apenas con los pantalones de montar: encasquetáse el gorro hasta las cejas, y camina inquieto, reflexivo y absorto, procurando estudiar la leccion que acababa de recibir. El pobre mozo no veia nada bueno á través de todas las advertencias de Oliver, y este tenia suma cuenta en no soltar la carjada que le escitaba el aire contrito del muchacho. (S. C)



VARIEDADES.



GUILLERMO TALL.

(CONTINUA.)

Pero el huracán habia empezado con los primeros albores del dia, y se acercaba bramando: de tiempo en tiempo surcaban el cielo multitud de relámpagos, las nubes que bajaban sobre las frentes de los fugitivos, les robaban la vista del valle. De repente en uno de aquellos intervalos de silencio en que la naturaleza parece reunir todas sus fuerzas, para la lucha en que va á entrar, oyéronse á lo lejos los ladridos de un perro de caza.

—Es Napft, exclamó Conrado deteniéndose:

—Habrá roto su cadena y aprovechado su libertad para cazar en el monte, respondió Rosa.

Conrado le hizo señal de que callase, y escuchó con aquella atencion propia de un cazador y de un montañés, que se acostumbraban á adivinarlo todo por los mas leves indicios. Los ladridos se oyeron mas cercanos, y Conrado se estremeció.

—Si, tienes razon, Rosa, Napft está cazando, pero no sabe qué caza busca.

—¿Qué nos importa!

—Lo que importa la vida á los que huyen. Nos persiguen, y el infierno ha sugerido á esos demonios la mas inesperada idea: no sabiendo cómo encontrarme, han soltado á Napft, y fiándose á su instinto.

—¿Pero por qué dices esto?

—Escucha y observa cual lentamente se acercan los ladridos; lo tienen atado para no perder la pista, pues de otro modo Napft ya estaria con nosotros.

Napft ladró de nuevo, pero no se conocia que se aproximase mas; al contrario, parecia que su voz estaba mas lejana que la primera vez que se habia oido.

—Pierde la pista, dijo Rosa con alegría.

—No, no, respondió Conrado. Napft es demasiado bueno para engañarse: esto es que el viento sopla contrario: oye, oye. El violento estampido de un trueno, interrumpió los ladridos que se oyeron mas cerca. Conrado tomó á Rosa de la mano y llevóse la, y aquella recogió todas sus fuerzas, y se adelantó hacia el camino que su marido la señalaba; caminaron un cuarto de hora, y de repente se hallaron á orilla de una de aquellas aberturas tan comunes en las montañas. Aquella, la habia hecho un terremoto, en tiempos que los visabuelos habian olvidado ya, y dividia el terreno con una barranca de veinte pasos de anchura, y larga de una legua. Era una

de aquellas arrugas que anuncian la vejez de la tierra. Llegados allí, Conrado dió un grito terrible, al ver que el frágil puenteillo que pasaba de uno á otro lado se había roto al impulso de una roca que había caído rodando desde la cima del Roestock. Rosa penetró cuánta desesperación se encerraba en aquel grito de su marido, y creyéndose perdida, se arrojó.

—No, no, todavía no es tiempo de rezar, exclamó Conrado con los ojos radiantes de alegría. Animo, Rosa, que Dios no nos abandonará. Diciendo esto se dirigió hácia un pinabete, á quien las borrascas habían despojado de sus ramas, y que vegetaba solitario á la orilla del precipicio: sacó su hacha y empezó á descargarla con toda su fuerza en el tronco del árbol, que atacado por un enemigo más fuerte que las tempestades, gemía desde la raíz hasta la punta: verdad es que jamás hubo leñador que descargase tan fuertes golpes. Rosa animaba á su marido, al mismo tiempo que escuchaba los ladridos de Napft, que se iba acercando más y más.

—Animo, amado mío, decía, ánimo que el pinabete balancea ya y se tuerce. ¡Oh! ¡cuán fuerte eres, Conrado mío! ya cae, ya cae. Sí, sí, ¡Dios mío! gracias á tí, ya estamos salvos.

En efecto, el pinabete cortado por el tronco, cedió al impulso que le dió Conrado, y cayó de través sobre la barranca, formando un puente intransitable para cualquiera que no fuese montañés, pero muy suficiente para el pie de un cazador.

—No temas, Conrado, exclamó Rosa, adelantándose antes que él; no tengas miedo y sígueme.

Pero Conrado en lugar de seguirla, no atreviéndose á mirar tan arriesgado paso, echóse al suelo, y con su pecho sujetaba el árbol, para que no vacilase bajo las plantas de su esposa. Napft entre tanto seguía ladrando y ya no distaba ni un cuarto de hora. Conrado luego que hubo cesado el movimiento que los pasos de Rosa da-

ban al árbol, echó la vista al otro lado y la vió que con los brazos abiertos le iniciaba á pasar.

Conrado lo verificó como si anduviese por un puente de piedra, y llegado á la otra parte, volvióse, y de un puntapié echó el árbol en el precipicio, y lanzó uno de aquellos gritos de gozo que arrojan el león ó el águila después de una victoria: pasó un brazo en derredor de la cintura de Rosa, y entraron en una de aquellas sendas frecuentadas solo por las fieras. Sus perseguidores guiados por Napft, llegaron al cabo de cuatro minutos á orillas del precipicio.

Entre tanto la tempestad redoblaba su horror, los relámpagos brillaban sin interrupción, los truenos no cesaban de reumbar, el agua corría á torrentes, y los gritos de los cazadores mezclados con los ladridos del perro, se perdían en un caos. Al cabo de un cuarto de hora detúvose Rosa: la pobre jóven ya no podía andar más, los brazos la caían, doblábase las rodillas y decía á su esposo:

—Huye solo, Conrado, yo te lo pido.

Conrado miró en derredor suyo para conocer á qué distancia estaba del lago; pero el tiempo estaba oscurecido, y bajo el velo de la borrasca los objetos habían tomado un tinte tan uniforme, que le fue imposible el calcularlo; alzó la vista al cielo y no vió más que relámpagos y rayos: el sol había desaparecido, como un rey arrojado de su trono en una revuelta del pueblo.

Conrado dejó caer los brazos y lanzó un suspiro, como un gladiador medio vencido.

Al mismo tiempo bajó de la cumbre del Roestock un estrado y prolongado murmullo, la montaña tembló tres veces, y á través del espacio una niebla cálida como el vapor que se levanta del agua que hierve.

—Es una bomba marina, exclamó Conrado, es una bomba... y cogiendo á su esposa entre los brazos, se es-

condió con ella bajo la bóveda que formaba un inmenso peñasco.

Apenas estuvieron en aquel abrigo, cuando se sacudieron las ramas más altas de los abetos, moviéndose que siguieron las ramas inferiores; un vilbido que superó al ruido del huracán llenó el espacio; la selva se inclinó como un campo de espigas; oyéronse espantosos ruidos, y saltaron á pedazos los árboles más robustos: desarraigábase unos, levantábase otros, como si la mano de un demonio les cogiese por la cabellera, y huían ante el soplo por la cabellera, y huían ante el soplo por la cabellera, y rodando como una turba insensata de enormes fantasmas. Encima de ellos, un montón de ramas y de matorrales seguían el mismo impulso, y debajo brincaban millares de peñascos desprendidos de la montaña atorbellinándose como un polvo gigantesco. Los fugitivos seguían con atónita vista la marcha de aquel fenómeno, que adelantándose en línea recta y derribando cuantos obstáculos encontraba, se dirigió hácia Bauern, pasó sobre una casa que arrancó del suelo llevándose consigo, se paró á la niebla en dos paredes que parecían sólidas, halló al paso una barca que anegó, y fué á raorir contra las rocas de Arnsberg, dejando el espacio, que había quedado vacío y desnudo como el cauce de un río que queda en seco.

—Vamos, la bomba nos ha abierto una carretera, exclamó Conrado, llevándose á Rosa hácia la barranca. No tenemos más que seguir esta herida de la tierra, que ella misma nos conducirá al lago.

—Puede ser que el huracán nos haya libertado de nuestros enemigos, observó Rosa mientras recogía todas sus fuerzas para seguir á su esposo.

—Así sería si yo no hubiese echado el puente, porque en tal caso se habrían hallado en la misma línea nuestra y es probable que sus cadáveres hubieran pasado por encima de nosotros; pero ahora no, porque se han visto obligados á hacer un rodeo para

pasar el precipicio. La bomba les habrá dado tiempo para alcanzarnos; ¡yes! ¡ah! ¡tienes la prueba, ¡oyes!

En efecto, Napft volvía á ladrar. Conrado conociendo que Rosa desaltecía, la tomó en sus brazos, y con aquella carga caminaba mas ligero aun que sin ella. A las pocas palabras que habían cambiado ambos esposos se siguió un profundo silencio de diez minutos, en los cuales Conrado caminó unos árboles más robustos: desarraigábase tanto, que ya veía el lago á unos quinientos pasos, á través de la lluvia y de la niebla, y Rosa tenía fijos sus ojos en el extraño valle que acababan de pasar. De repente Conrado la sintió estremecerse, y oyéronse al mismo tiempo gritos de alegría dados por los soldados que los perseguían. Napft brincaba junto á su amo, pues al parecerle, había tirado con tanta fuerza á de la cadena que le sujetaba, que la rompió.

—Sí, sí, dijo Conrado, eres un perro fiel, pero tu fidelidad nos pierde más que una traición. El desesperado fugitivo se dirigió en línea recta hácia el lago, mientras que á trescientos pasos de distancia le seguían ocho ó diez arqueros del señor de Wolfranchens; pero al llegar á la orilla, presentóse un nuevo obstáculo: el lago estaba enfurecido como un mar tempestuoso, y á pesar de los ruegos de Conrado, ningún barquero quería arriesgar la vida por su ayuda.

Conrado corría como un insensato, llevando siempre á su esposa, que estaba medio desmayada, y en altos gritos pedía protección y socorro, pues los arqueros se acercaban más y más. De repente saltó un hombre de una roca al camino, y preguntó: ¿quién pide socorro?

—Yo, respondió Conrado, para mí y para esta muger que traigo en brazos. ¡Una lancha, por Dios, una lancha!

—Venid, dijo el desconocido, saltando á un batiel que estaba amarrado á una pequeña argolla.

—¡Oh! ¡sois mi salvador!...

—El salvador es aquel que derramó en la cruz su sangre por todos los hombres; Dios me trajo á vuestro encuentro; dadle gracias y dirigidle vuestras plegarias, porque no nos desampare en este conflicto.

—Pero á lo menos sabed á quién salvais!

—Estais en peligro; no quiero saber mas, venid.

Embarcose Conrado y colocó á su esposa del mejor modo que pudo, mientras que el desconocido desplegó una pequeña vela, y sentándose junto al timón, desató la cadena que sujetaba la lancha á la orilla. Apenas la habia soltado, y ya saltaba de ola en ola, obedeciendo al soplo del viento como un caballo que siente la espuela y la voz de su jinete. Aun no estaban los fugitivos á cien varas de la orilla cuando llegaron los arqueros.

—Señores guapos, vinisteis tarde, dijo el desconocido; ya estamos fuera de vuestro alcance pero esto no basta, dijo volviéndose á Conrado. Echaos, joven; ¿no veis que llevan mane á los arcos? Una flecha corre mas que una barca, aunque esta se la lleve el demonio de las borrascas. ¡De bruce, de bruce en seguida! Conrado obedeció, y al mismo tiempo se oyó un prolongado silbido sobre sus cabezas. En el mástil del batel se clavó una flecha; las demas se perdieron en el lago. El barquero miró con calma curiosidad la flecha cuyo hierro se habia metido por entero en el mástil.

—No puede negarse, murmuró, que en nuestros bosques se hacen buenos arcos de fresno, de tejo y de arce: si la mano que los prepara y el ojo que dirige la flecha fuese mas diestra, el diablo que les sirviese de blanco; pero tampoco es fácil tocar á una ganuza que corre, al pájaro que vuela, ó á la lancha que brinca como esta. Bajaos, joven, que viene otra descarga. En efecto, clavose una flecha en la proa, y otras dos agujereando la vela se quedaron cogidas por las plumas. El piloto las miró desdeñosamente. Aho-

ra, dijo dirigiéndose á sus protegidos, ya podeis sentaros sobre este banco con tanta seguridad, como si estuviérais en vuestra casa, porque cuando quieran hacer la tercera descarga, ya estaremos fuera de tiro; solamente con una ballesta se podria hacer llegar hasta aquí. . . .

(Continuará.)

COMIDA

IMPROVISADA.

(CONTINUA.)

Llegan á una casa de carruages de alquiler, sube Oliver con Benito á uno de ellos, y en mal inglés y peor español, manda al cochero que le conduzca á uno de los mejores almacenes de vino. Para el coche delante de un almacén de gran lujo; baja el oficinista, y entra en él, columpiándose, y llevando su vientre hacia delante; siguele el criado marchando con las piernas muy separadas y los ojos fijos en el suelo. El atollonado pronuncia algunas palabras inglesas, y como los comerciantes de todas categorías gustan mucho de entenderse con los extranjeros, rodean muy solícitos al pretendido milord, que dice.

—Yo. . . . querer de vino. . . . una cesta grande. . . . grande. . . . para regular á dos millores amigos, if you please.

—Vino ¿eh? Le tenemos de todas clases, milord, de todos los países. . . añejos. . . nuevos. . . de todas edades.

—Yo querer. . . del mas rancio. . . querer de lo micor if you please. . . no parame yo en el precio.

—Ireis contento de la casa milord. . . ¿y cuántas botellas?

—Ser tres nosotros Y will, botellas nuevo: Bordeaux tres; Beaune tres; y Champagne tres. . . una cesta.

—Muy bien, milord. . . ¿espumoso de Champagne?

—Yes, Y will; que el tapon saltar á la altura de la cara.

—Y aun al techo saltará.

—Is it Good!

—Descuidad, milord, descuidad, que no se perderá ni una sola gota.

Colocan apresuradamente las nueve botellas en una cesta, la cual es trasladada al coche de alquiler. El comerciante de vinos presenta su cuenta al supuesto extranjero, este mira la suma, y echa mano al bolsillo, y volviéndose como admirado, le dice: —Yo haber dejado la posada en mi bolsa, venir un criado á cobrar á la casa, if you please.

—Si milord, es cosa muy fácil seguramente. Francisco. . . ve con este milord inglés y te dará 240 reales. Espero, milord, que seréis parroquiano desde hoy.

—Y will, comprar aquí muchas veces. Good morning. Benit-son, sigue-me.

Yes, contesta el criado simplemente. Benit-son sigue á milord sin alzar la vista, suben al coche con el mozo del almacenista, el cual no se atreve á tomar asiento delante del milord, y cuando habia rodado el carruaje un enorme trecho, cáscase milord en la frente una monstruosa palmada, como aquel que se ha olvidado de alguna cosa, asoma la cabeza por la portezuela, y hace parar el coche.

—Muehacho, Francisco, se olvidava lo mecor; no tener vino de España, y necesitar seis botellas; es debido ir con usted Benit-son y traérmelas, calle del Carmen Hôtel de Paris: Benit-son, ir con el mozo del taberno.

—Yes.

Francisco no hace resistencia alguna en dejar el vino en el coche, puesto que se lleva á Benito en prendas; baja del carruaje, y se dirige al establecimiento seguido del lacayo de mi-

lord. Oliver se hace conducir á una calle inmediata á la en que viven nuestros calaveras, apáase, toma un mozo de esquina, carga este con la cesta; dice al cochero que vuelva al instante, puesto que necesita el carruaje para todo el día; cruza una esquina y despues otra, y arriba á su casa con toda felicidad, presentando el vino á Gustavo.

Pagó Oliver al mozo, advirtiendole que le suministraría doscientos palos si decia al cochero la casa donde habia dejado la cesta con las botellas; contó despues á su amigo el sucesos, con todas sus circunstancias, y Gustavo, que no pareció quedar muy conforme, le dijo:

—¿Sabes que no es lo mas honroso lo que acabas de hacer?

—Vaya un escrúpulo de monja.

—Disfrázase para comprar un vino que no debe pagarse, y alquilar un coche para dar un petardo semejante. . .

—Y bien!

—Dejar en prenda á mi criado. . .

—Eso te prueba que debemos rescatarle y pagar el vino, por consecuencia. Un mozállon de veinte años, robusto como él, bien puede servir de empujo por doce duros.

—Pero si nos descubre. . .

—Imposible. . . he sabido infundirle lo mas miedo que el almacenista de vinos pueda inspirarle. ¡Pardiez es cosa que no merece la pena: aleja vanos escrúpulos, y te prometo desempeñar á Benito á fin de mes.

—En ese caso, mucho tiempo ha de quedar en prenda ese majadero.

—Pero tú no me dices lo que has hecho, y me parece que es ya tiempo.

—¡Ah! tendremos una asombrosa comida. . . caza, pesca, asados, fritos; nada, nada faltará en ella.

—Pues yo creo que tampoco es muy honroso tomar una comida opiparra, que no se piensa pagar; no sé coballerosidad; al menos yo he dejado quedar en el almacén de vinos; y en cuanto al cochero, pienso. . .

—Diabli! tú chocheas con precisión: á mi me lo fan toda voluntariamente, y esto es distinto: ademas se ha ofrecido darnos de comer, á pagar á fin de mes.

—Vive Dios! . . . amigo mio, francamente, vales un Peró! . . . ¡Es un gran hallazgo! ¡Ahí es nada! . . . otros once fondistas de tan buena voluntad, y henos aquí servidos un año gastronómicamente á cuerpo de rey.

—Vaya, no disparates, y pongamos la mesa.

—Sí, sí, que nuestras muchachas van á venir de un momento á otro.

—¿Qué pensarán ellas cuando vean que no tenemos un criado siquiera que nos sirva?

—Pensarán que los hemos despachado á todos para poder hablar con entera libertad.

—Todo lo ves del lado más bello; lo que yo temo es que ese mostrenco de Benito haga una tontería que nos cueste cara.

—Chiton . . . llaman . . .

—Mira por el agujero de la llave . . . ¿es la comidá! . . .

—No, no, es mi linda niña.

—Introduce Oliver á su adorado tormento, que es una muchacha muy remilgada que se apresura á censurarle á sí propia por su atrevimiento de venir á comer con unos mocitos solteros;

pero estos la tranquilizan, prometiéndola ser discretos bajo su palabra de honor, y anunciándola que no será ella la única que las haga la honra de acompañarlos á la mesa. Llega un ratillo despues la hija del consabido portero, que pone cierto hociguito al descubrir otra ciudadana que puede usurparle acaso sus bien adquiridos derechos; pero vuelve á despejarse su frente cuando nota que está allí haciendo su papel. La muchacha es lo que se llama una mujer bonita, vivarachá y franca; viene adornada con un vestido elegantísimo: nadie hubie-ra colegido por el traje la categoría porteril de la mozueta. Pero á la verdad en Madrid no hay cosa más falsa

que el exterior. Está uno sentado por ejemplo, en el teatro, entre dos sujetos cuya compostura es igual. ¿Serán iguales con corta diferencia sus bienes de fortuna? De ningún modo: uno de ellos es oficial primero del ministerio de hacienda, y el otro ayuda de cámara que sacude el polvo á los trages de los viájeros en una casa de huéspedes. La mercadera de lienzo lleva chales de cachemira; la conifera plumas y encajes; la oficialita de modista sombreros; el peluquero frac de pafío de lo más superior. Pero el caso es que no se puede comprar un órgano vocal como un traje de lujo; y á fe mia que es lástima, porque de este modo no oiríamos salir de debajo de un sombrero de terciopelo la voz enrojecida por los lícores, ni escucharíamos las suadeces de las fregonas, que

atríncheradas en su vestido de seda quieren parecernos marquesas, dando gato por liebre al tanto que toma por realidad tan ridícula parodia. Pero llegan los mozos de la fonda, encorbados bajo el peso de los guisos á la marinesca, chuletas y fricandós; y como el olor de las viandas nos hace cambiar la hoja, no queremos devanarnos los sesos con filosofías que no han de aprovecharse.

Los jóvenes y aun las muchachas se apresuran á tomar los platos, que colocan sobre la mesa; mirándose los fímulos, quédase las dos parejas dueñas del campo, y se entregan con todo desahogo á su apetito y á su alegría. Bien quisieramos acompañarles, y transmitir con detenimiento al lector todas las locuras y todos los dichos picantes; pero no es justo que abandonemos completamente al pobre Benit-son, puesto que Oliver le ha dejado desamparado.

Francisco daba enormes zancadas hacia el almacén de vinos, su compañero le seguía, guardándose de desplegar los labios; pero cantando muy bien por lo bajo cierta maldición á Oliver, á la cesta con sus botellas, y á los pantalones de montar, que ni si-

quiera le permitían imaginar escapar-se.

Trata el mozo del almacén de vinos de entablar conversación; pero Benito le contesta á todo «Vés» y cesa por fin una plática que el sostiene únicamente. Llegan al almacén, jadeando Francisco, y Benito echando el bofe.

—¿No está contento milord con el vino? preguntó el almacenista al descubrir al lacayo del inglés.

—Vés, respondió este friamente.

—No es eso, respondió Francisco, milord no ha probado el vino; mas en el camino se acordó de que le faltaban seis botellas de vino del país, y volvíamos por ellas.

—Vino de España ¿eh! corriente; ¿pero de qué clase!

—Milord no ha dicho otra cosa.

—¿Sabe usted, Benit-son, cuál es el que quiere su amo?

—Vés.

—Es el de Jerez!

—Vés.

—O de Málaga, ó de Caríñena!

—Vés.

—Veo que es el de Málaga . . . seguramente que lo he acertado. Oye, Francisco, toma las botellas, y cobra por todo trescientos sesenta reales. ¿Vive lejos milord?

—Vés.

—En el Hotel de Paris, dice Francisco, cargando con las botellas; vaya usted delante, señor Benit-son, que yo seguiré á usted.

—Pero Benit-son, que sopena de mas de cincuenta palos no podía dar las señas de la casa de los calaveras, no respondió ni una sílaba, y permaneció arrimado como un guarda-canton á la esquina de la puerta.

—¿Si habrá olvidado este lacayo el camino de la posada! dijo el dueño del almacén con impaciencia. . . ¿Hacia qué parte está el Hotel de Paris!

—Vés.

—Llévete el diablo con tu Vés: este diantre de lacayo no entiende el español. . . ¿cómo nos componemos ahora para saber dónde vive su amo! . . .

Oiga usted, ¿se halla en la calle del Cármen el Hotel de Paris?

—Vés.

—Gracias á Dios que hemos dado con la dirección; fortuna hemos tenido. Vamos, Francisco, vete con Benit-son. Francisco vuelve á comenzar la marcha, y se ve obligado á empujar á Benito que se muestra bastante reacio en emprender la nueva caminata. Llegan al Hotel de Paris: hace Francisco varias señas á su compañero para saber si reconoce la casa; pero es un delirio pensar en sacarle de su Vés. Entra el mozo, pregunta por el cuarto de milord: el portero contesta que hay en la casa media docena de estos señores, y que no distingue por las señas al que busca; empuja entonces Francisco al lacayo inglés, y dice al portero que pregunta por el amo de aquel criado: Benito es examinado con detenimiento, y el portero no recuerda haberle visto jamás.

Francisco habla de su vino, á ver si por este medio puede conseguir alguna ventaja; pero el portero le dice que en la casa se regalán perfectamente los milores sin necesidad de salir á buscar vino para sus borracheras; vuelve el mozo á interpelar al lacayo, y este le tapa la boca con su eterno Vés; da el portero una gran carcajada, y les vuelve la espalda.

Francisco lleno de cólera, sale á la calle, haciendo marchar adelante al fingido lacayo; pero sin perderlo de vista. Llegan de nuevo al almacén, y el dueño grita y se desespera, empezando á barruntar alguna cosa de la burla que se le está haciendo. Por otra parte, hay ladrones en Inglaterra como en otro punto cualquiera del globo, y repite azorado algunas preguntas al imperturbable Benit-son. Por fortuna hace memoria de que vive un inglés enfrente de su establecimiento, y manda á Francisco que vaya á suplicarle que baje un momento á su almacén. Viene en efecto; pero á Benito le es igual que se le hable en inglés que en español, porque Vés y so-

lo. ¿Es contesta á todo. Acaba el dueño del almacén de convencerse de la que se le está jugando, y su cólera necesita una víctima: coge al falso Benito para trasladarlo á la celda; pero al tiempo de salir llega un coronel al patio de la casa: á su vista recupera Benito el uso de la palabra, grita, llora, forcejea, y va á arrojarle á los pies del militar.

El coronel, que iba á visitar á un antiguo camarada, se apercebe de los clamores de Benito: preguntale dónde se encuentra su sobrino, reclámale el dueño el importe de las botellas, contándole todo el suceso, paga el coronel, da una propina á Francisco para que no divulgue el lance, y sale del patio llevándose á Benito, que será mas frágil por esta vez, y venderá el secreto de nuestros calaveras.

Entretanto estos señoritos, en medio de la algazara y de las locuras que Baco nos inspira cuando se halla presente el amor, se entregaban á la alegría mas descompasada, de la cual participaban sus queridas, de todas veras. Cantaban, reían y se decían sin aprension todo lo que los vapores del vino y su bella posicion inspiraba á su pensamiento: eran amables sin empeñarse en ello: tenían talento sin presuncion, y malicia sin perversidad. Se divertían mucho; pero no se traspasaban los límites del decoro.

Hallábanse en los postres. Los tapones de Champaña habian herido el techo, segun la promesa del dueño del almacén de vinos, y el licor espirituoso acababa de encender completamente los ya encarecidos ánimos, cuando de repente unos estrepitosos golpes dados en la puerta, interrumpieron á Gustavo en medio de una cancion báquica que estaba improvisando.

Los jóvenes se miran atónitos sin saber que hacer, las muchachas les contemplan sorprendidas, y tratan de adivinar el motivo de una inquietud tan extraña: llaman de nuevo; los calaveras se alteran cada vez mas, y Rosita á los diez enfurruchada:

—¡Vamos!... ¿no abren ustedes? ¿no están oyendo que va á echar la puerta abajo? ¿Quizá será alguna visita... y estaremos nosotras...

—¡Ah!... ciertamente... tiene usted razon, amiga mia, alguna señora vendrá á ver á estos caballeros... y temen que nos encuentren aqui... Por mi parte voy á abrir, porque quiero conocer á esa hermosa á quien se tiene tanto miedo.

Rosita, que cuando oye alguna cosa que excita su curiosidad, no reflexiona ni se para en burras hasta dar con el ítem, y a mas ligera que un ave á abrir la puerta, á tiempo que se deja oír en el tramo de la escalera un juramento pronunciado con una conviccion y un nervio á toda prueba. En vez de abrir, vuélvese pálida y acongojada hácia los jóvenes, y les dice temblorosa:

—¡Ay, Dios mio!... es ese coronel regañon!...

—¡Quién?... ¡Mi tio!

—El mismo!... ¡Ay, Dios mio!... he reconocido su voz perfectamente, porque no se me puede olvidar nunca, aunque no le he hablado mas que una sola vez...

—Está visto... me habrá atisbado esta mañana, y me habrá seguido los pasos... ¡Qué haremos, Oliver?

—¡Voto al demonio!... que se rompa la cabeza contra la puerta... que llame cuanto le dé la gana.

—¡Conque es tan malo su tio de usted? dijo la costurera.

—No... no es muy malo; pero tiene unos prontos tembles; ahora está enojado conmigo, porque no quiero casarme con una mozigata que me tenia destinada para esposa... ¡Cáspita!... con qué furia llamal...

—¡Mil bombas! ¡abrireis! grita el coronel desde la escalera: ved lo que se hace, porque si no, echaré la puerta abajo.

—¡Ah!... lo hará lo mismo que lo dice, exclamó Rosita, buscando por el cuarto con suma ligereza un escondito. (Continuará.)



VARIEDADES.



GUILLERMO TELL.

(CONTINUA.)

Toma, toma, mirad si decia yo bien! En efecto la tercera descarga cayó en el surco que dejaba la lancha. Los fugitivos estaban ya á salvo de la cólera de los hombres, y ya no tenían que temer mas que la de Dios; pero el desconocido parecia tan fuerte contra la una, como bien dispuesto para la otra, pues al cabo de media hora ya se habian desembarcado en la orilla opuesta, y Napf, de quien se habia olvidado, les siguió nadando. Antes de separarse del desconocido pensó Conrado de cuanta utilidad podia ser aquel hombre en la conjuración de Blarke de lo que habia pasado en el Grull; pero á la primera palabra el barquero le interrumpió:

—Habeis pedido socorro, y yo os le he dado, como hubiera querido que me lo hubiesen dado á mí en vuestro lugar; ahora no pidais nada mas, porque no lo haré.

—Pero á lo menos, dijo Rosa, decidnos vuestro nombre, para que podamos llevarlo en el corazon al lado

de los de nuestros padres, porque os debemos la vida como á ellos.

—Si, sí, decidnos vuestro nombre, y no os escuséis, porque no podeis alegar excusa alguna.

—No seguramente, respondió sencillamente el forastero, al tiempo de amarrar su barca á la orilla del lago. Yo soy cobrador del convento de Zurich, y me llamo Guillermo Tell. Dicho esto saludó á los dos esposos, y tomó el camino de Fluelen.

El dia siguiente al en que pasaron los referidos sucesos, pidió permiso para hablar á Herman Guessler un enviado del caballero Beringuer de Landenberg, y obtenido entró y contole la aventura de Mechtal y no pasó por lo alto la venganza de Landenberg.

Apenas habia acabado, cuando fué introducido un arquero del señor Wolfenchiess, que refirió la muerte de su amo y de qué manera se habia escapado el asesino, gracias al socorro de un paisano de Burglen, pueblo de la jurisdiccion de Guessler. Este prometió que se haria justicia contra él, y apenas acababa de empeñar su palabra, cuando entró un soldado de la guarnicion de Schwana.

Este contó que el gobernador del castillo, habia atentado contra el honor de una doncella de Art, y que habiéndole sorprendido en la caza dos hermanos de la muchacha, habíale muerto y refugiádose despues en la

montaña, donde se les había buscado inútilmente.

Levantóse entonces Guesler, y juró que si el joven Mechtal que había roto el brazo al escudero de Landenberg, ó Conrado de Baumgarten, que había muerto al señor de Wolfranchies en el baño, ó los dos manechos que habían asesinado al gobernador del castillo de Schwanaucan en sus manos, serian castigados con la pena de muerte.

Obtenida esta respuesta, iban á retirarse los mensajeros; pero Guesler les pidió que antes le acompañasen hasta la plaza pública.

Así que estuvieron en ella, mandó plantar un mastil en el suelo y puso en la punta su sombrero orlado con la corona ducal de Austria. En seguida mandó pregonar á son de trompeta que cualquier noble ó villano que pasase por delante de aquella insignia del poder de los condes de Absburgo, debiese descubrirse en señal de homenaje; y hecho esto, despidióse de los mensajeros, encargándoles que contasen á los que les habían enviado lo que él acababa de hacer, para que le imitasen en sus respectivos distritos.

Tres días despues fueron á decirle que acababan de prender á un hombre porque no había querido descubrirse ante la corona ducal. Guesler montó á caballo en seguida y se dirigió á Aldorf escoltado de sus guardias. El culpable estaba atado al mismo mastil que sostenia el sombrero del gobernador; y por su jubón de paño verde de Basilea, como tambien por la pluma de águila que llevaba en su gorra, dejábase entender que era un cazador de montaña. Llegando delante de él, mandó Guesler que le desatasen, y libre ya, sabiendo el cazador que no lo estaba aun del todo, dejó caer los brazos, y fijó los ojos en el gobernador con una indiferencia tan lejana del miedo, como de la arrogancia.

—¿Es cierto, preguntó Guesler,

que te has negado á saludar el sombrero?

—Sí, monseñor.

—¿Y eso por qué?

—Porque mis padres no me enseñaron á describirme mas que delante de Dios, de los ancianos y del emperador.

—Pero esta corona representa el imperio.

—Os engañais, monseñor, esa corona es la de los condes de Absburg y de los duques de Austria. Ponedla, en las plazas de Lucerna, de Figrigo, de Zoug, de Bienna y del país de Glaris, y no hay duda que sus habitantes prestarán el homenaje que exigís, pero nosotros que recibimos del emperador Rodolfo el privilegio de nombrarnos jueces, de gobernarnos con nuestras leyes, y de no depender mas que del imperio, debemos respeto á todas las coronas, pero homenaje solamente á la del emperador.

—Pero al subir el trono el emperador Alberto, no ha ratificado esos privilegios concedidos por su padre.

—Pues ha hecho muy mal, monseñor, y eso es la razon porque Uri, Schwitz y Unterwald han hecho alianza entre sí, empeñándose con juramento á defenderse mutuamente personas, familias y bienes, con el consejo y con las armas.

—¿Y crees que lo cumplirán? dijo Guesler sonriéndose.

—Si que lo creo, respondió tranquilamente el cazador.

—¿Y querrán morir antes que quebrantar su juramento?

—Desde el primero hasta el último.

—Ya lo veremos.

—Mirad, monseñor, que raya con cuidado el emperador Alberto, porque no tiene mucha fortuna en expediciones de esta especie. Que se acuerde del sitio de Berna, cuando perdió la bandera imperial, y de Zurich, donde no se atrevió á entrar á pesar de tener las puertas abiertas, no obstante, estas dos ciudades no combatian por su libertad, sino por los limites de su

territorio. Ya sé que se vengó en Glaris; pero Glaris era débil y fué sorprendida sin defensa mientras que nosotros estamos prevenidos y armados.

—¿Y cómo sabes tú las leyes y la historia, siendo un simple cazador como lo dice tu traje?

—Sé mis leyes, porque son la primera cosa que nuestros padres nos enseñan á respetar y defender; y sé tambien la historia, porque entiendo un poco en letras, habiendo sido educado en el convento de Nuestra Señora de las Ermitas; por eso tengo el empleo de cobrador del convento de Zurich; en cuanto á la caza, no es mi ocupacion de oficio, sino de diversion como lo es para todo hombre libre.

—¿Cómo te llamas?

—Mi nombre es Guillermo, mi apellido Tell.

—Oh, respondió Guesler con alegría, no eres tú el que socorrió á Conrado de Baumgarten y á su esposa, el día del huracán?

—Yo di paso en mi barca á un joven y á su mujer, porque los perseguian; pero no les pregunté su nombre.

—No eres tú el que citan como el mejor cazador de toda la Helvecia?

—A ciento cincuenta pasos quitaria una manzana de la cabeza de su propio hijo sin hacerle daño alguno, dijo una voz que salió de entre la gente que se habla reunido.

—Dios perdona esas palabras al que las haya dicho! exclamó Guillermo, pero á buen seguro que no han salido de la boca de su padre.

—¿Tienes hijos? le preguntó Guesler.

—Cuatro, tres niños y una niña: Dios ha bendecido mi casa.

—¿Y á cuál preferes de los cuatro?

—A todos los amo igualmente.

—Pero bien, debe haber uno por quien sea mayor tu ternura.

—Quizá por el mas niño, porque es el mas débil y tiene mas necesidad de mí, pues apenas cuenta siete años.

—¿Cómo se llama?

—Walter.

Guesler, se volvió á uno de los guardias que le habian seguido á caballo.

—¿Corre á Burglen, le dijo, y trae al niño Walter.

—¿Para qué, monseñor! preguntó Tell?

Guesler hizo una seña, y el guardia partió á galope.

—¡Oh! vos no tendreis mas que buenas intenciones, monseñor, ¿pero qué quereis hacer de mi hijo?

—Ya lo verás, dijo Guesler, volviéndose á hablar con los guardias y escuderos que le acompañaban, Guillermo se quedó en pie en el mismo sitio en que estaba, con el sudor en la frente, los ojos fijos y los puños cerrados.

Al cabo de diez minutos, volvió el guardia con el niño sentado en el arzon delantero de la silla, y al llegar cerca de Guesler lo puso en tierra.

—Aquí está el pequeño Walter hijo de la guardia.

—Muy bien, respondió el bailio.

—¿Hijo mío! exclamó Guillermo, y el niño se arrojó en sus brazos.

—¿Por qué me has enviado á buscar, padre! dijo el niño palmoteando de alegría.

—¿Y tu madre por qué te ha dejado venir?

—No estaba en casa: solo estábamos mis hermanos y yo. ¿Ya se han quedado bien zelosos! Han dicho que tu me amas á mí mas que á ellos.

Guillermo lanzó un suspiro y estrechó al niño contra su corazón.

Guesler contemplaba aquella escena con los ojos brillantes de gozo y ferocidad; y cuando se hubieron acariciado bien padre é hijo, dijo en alta voz:

—Atad ese niño á aquel árbol; y señalad una encina que habia en el extremo opuesto de la plaza.

—¿Para qué! gritó Guillermo estrechando á su hijo.

—Para probarte que entre mis arquetos hay alguno, que sin tener tu

reputacion sabe tambien dirigir una flecha.

Guillermo abrió la boca como si no comprendiese, aunque la palidez de su cara, y las gotas de sudor que le corrían por la frente, indicasen que lo habia entendido perfectamente.

Guessler hizo una seña, y los soldados se acercaron.

—¿Quieres que mi hijo sirva de blanco, para probar la destreza de tus soldados. ¡Oh! no lo pruebes, gobernador, Dios no lo permitirá.

—Luego lo veremos, respondió Guessler, y repitió la orden.

Los ojos de Guillermo se inflamaron como los de un león; miró si podia escaparse, pero estaba rodeado por todas partes.

—¡Verdugos! ¡Verdugos! Verdugos! gritó Guillermo rechinando los dientes.

—Vamos, acabemos, dijo Guessler.

Los soldados se le arrojaron encima y le arrancaron el niño; Guillermo se echó de rodillas á los pies de Guessler y juntando las manos, decía:

—Monseñor, yo soy el que os he ofendido, castigadme á mí; monseñor, castigadme, matadme á mí si queréis; pero devolved ese niño á su madre.

—Yo no quiero que te maten, gritaba el niño debatiéndose en brazos de los arqueros.

—Monseñor, mi muger y mis hijos saldrán de Helvecia, y os dejarán, casa, tierras y ganados, se irán á mendigar de pueblo en pueblo y de casa en casa; pero por el amor de Dios, dejad libre á mi hijo.

—Un medio tienes para salvarlo, Guillermo, dijo Guessler.

—¿Cuál es? preguntó el angustiado padre. ¿Cuál es? decidlo, decidlo luego, y si lo que me pedís está al alcance humano, yo lo haré.

—No te pediré cosa alguna que tú no seas capaz de hacer, según es fama. Hace poco que ha dicho alguno, que tu destreza en el tiro es tal, que á ciento cincuenta pasos de distancia, quitarías una manzana de la cabeza de tu hijo, sin causarle lesion alguna.

—Maldita debe ser la voz que tal dijo. Yo creí que nadie la habia oído mas que Dios y yo.

—Pues bien: Guillermo, continuó Guessler, si quieres darme esa prueba de habilidad, yo te perdono por no haberte descubierto ante el sombrero en contravencion de mis órdenes.

—Esto es imposible, caballero, es imposible, esto seria tentar á Dios.

—Entonces voy á buscar algun arquero que tenga menos miedo que tú. Atad al niño.

—Esperad, monseñor, pues aunque sea una cosa bien terrible, bien cruel, bien infame, lo reflexionaré.

—Cinco minutos te quedan.

—A lo menos, entretanto, volvedme á mi hijo.

—Soldad á ese muchacho.

Soltáronle, y fuese corriendo hácia su padre.

—¿Conque nos han perdonado, no es verdad, padre? y la pobre criatura se engajaba los ojos con sus manos, riendo y llorando al mismo tiempo.

—¿Cómo perdonado? ¿Sabes tú lo que quieren ahora? ¡Oh! Dios mío! ¿Cómo es posible que ese hombre haya concebido tal pensamiento! Ahora quieren . . . quieren hijo, mio, que á ciento cincuenta pasos te quite una manzana de la cabeza con una flecha.

—¿Y por qué no lo haces? preguntó el niño sencillamente.

—¿Por qué? ¿y si no acierto? y si la flecha te toca?

¡Oh! ya sabes tú que no hay que temer, respondió el niño sonriéndose.

—Guillermo, gritó Guessler.

—Aguardaos, monseñor, esperad un poco, que aun no han pasado los cinco minutos.

—Te engañas, porque el tiempo ha pasado ya. Vamos, decidte.

El niño animó á su padre con una seña.

—Buena, pues, exclamó Guillermo á media voz. . . ¡Oh, no, nunca, nunca!

—Valved á coger el niño, dijo Guessler á los soldados.

—Ya quiere mi padre, ya quiere; y escapándose de los brazos de su padre, dirigióse corriendo al árbol.

Guillermo se quedó anonadado, con los brazos caidos y la cabeza inclinada sobre el pecho.

—Dádle un arco y flechas, dijo Guessler.

—Yo no soy arquero, respondió Guillermo saliendo de su entorpecimiento; yo no soy arquero sino ballettero.

—Es verdad, es verdad, gritó la gente.

Guessler se volvió entonces á los soldados que habian detenido á Guillermo, como para preguntar lesalgun cosa.

—Sí, sí, dijeron ellos, traia balletes y flechas.

—Y en dónde están?

—Se las hemos quitado al prenderlo.

Volvérselas, pues.—Y así se hizo.

—Ahora, traed una manzana, añadió Guessler. Y habiéndole presentado un cesto lleno escogió una.

—¡Oh! esa no, gritó Guillermo, esa no, á la distancia de ciento cincuenta pasos apenas podria verla. No tenéis piedad si la escogéis tan pequeña.

Dejóla Guessler, y tomó otra un poco mas gruesa.

—Vamos, Guillermo, no quiero que te quejes, díjole el baillío, ¿qué te parece de ésta?

Guillermo la tomó, miróla suspirando, y la devolvió.

—Vamos, estamos convenidos; ahora midamos la distancia.

—¿Un momento! un momento! gritó Guillermo, la distancia debe ser leal monseñor, y los pasos de dos pies y medio nada mas, esta es la medida en los tiros y desafíos; ¿no es verdad, señores arqueros?

—Sea como tu quieras, y se contará ciento cincuenta pasos de dos pies y medio.

Guillermo, siguiendo al medidor, midió el mismo tres veces la distancia, y viendo que se habia hecho lealmen-

te, volvióse al sitio donde tenia la ballesta.

—Nada mas que una flecha, gritó Guessler.

—Dejádmela escoger al menos, porque no es cosa de poca importancia la eleccion de la flecha, ¿no es verdad, señores arqueros, que las hay que tuercen el camino, ya porque el hierro es muy pesado, ya porque la varilla tiene algun nudo, ya porque han sido mal emplumadas!

—Es cierto, dijeron los arqueros.

—Buena, pues escógela repuso Guessler; pero no tomes mas que una.

—¡Sí, sí, murmuró Guillermo, ocultándose otra en el seno, nada mas que una!

Guillermo examinó las flechas con el mas prolijo cuidado, tomólas y las dejó una tras otras, probólas en la ballesta para ver si entraban bien en el encaje, puso las en equilibrio sobre un dedo para ver si el hierro pesaba sobrado ó bastante, y cuando hubo hallado unaque reunia todas las cualidades necesarias, aun siguió buscando, solo con el objeto de ganar tiempo.

—Y bien, que hacemos! dijo Guessler con impaciencia.

—Dejadme el tiempo de rogar á Dios, dijo Guillermo.

(Continuará.)



COMIDA
IMPROVISADA.

(CONCLUYE.)

Frótase la frente Gustavo para buscar una idea que le saque del aprieto: la costurra demuestra un medio cerual al oír la voz de aquel coronel que tiene visos de ser un Hércules muy

colé... y Oliver apura muchos vasos de Champagne para refrescar las ideas.

—Par diez, no hay mas que este medio, dice Gustavo, despojándose alternativamente del frac, chaleco y corbata...

—Dios mio!... ¿qué va usted á hacer! gritan las muchachas tapándose los ojos.

—Voy á meterme en la cama.

—Que horror, ¡vá usted á meterse en la cama delante de nosotros!...

—Es un caso urgente, señoritas, y no deben ustedes reparar en una cosa tan insignificante. Por otra parte, me acostaré con los pantalones puestos.

—Mas cuál es tu proyecto?... dice Oliver.

—Estoy enfermo de mucho peligro, y tú me sirves de enfermero...

—Buena idea! lo comprendo perfectamente... pero... ¿y estas señoras?

—Es necesario ocultarlas: no hay remedio.

—Y en dónde?... ¡ah!... ya me ocurre!... pueden caber perfectamente en este cuartito que sirve para tener la ropa.

—Yo iré con mucho gusto, dice Rosita.

—Dios mio!

Escóndense, pues, las dos mugerzuelas. Oliver despoja la sala del festin lo mejor que puede, de los residuos de la francachela, y mientras que se encasqueta Gustavo hasta los ojos un gorro de dormir, y se arroja con la manta casi completamente, se reviste aquel de una facha sentimental y compungida, y va á abrir la puerta.

—¡Cien escuadrones!... doscientas mil cartucheras, voy á echar la puerta abajo.

—Voy á abrir, voy á abrir; señor de Sopolano.

—Conque se resuelve usted por fin?... hace usted bien... cien cañones, tenerle á uno aquí tanto tiempo...

Señor D. Jesus, dice Oliver

abriendo la puerta, era usted muy dueño de marcharse.

—¡Ah! ¡esperaba usted que yo me marchara? mil bombas... eso es lo que usted quería... pero habiéndome dado á conocer, me parece que...

—Por esto mismo no habría, caballero...

—¡Ah! ¿se atrevia usted?

—Sí, señor... para...

—¿Para qué?

—Para guardar cierto miramiento con la paternal ternura de usted.

—¡Mi ternura! Já... já... cien escuadrones, á mi no se me comulga con ruedas de molino... al diablo con esa palabrería!... ¿dónde está mi sobrino?

—Silencio, señor de Sopolano!...

—¿Que diantre quiere usted decirme?

—¡Chiton! por favor!

—Mil fusiles!... veamos á mi sobrino...

—Va usted á verlo inmediatamente, coronel; pero no meta usted esa bulla infernal, y venga de puntillas detrás de mí.

—¡Ah! se burla usted, ¡cien escuadrones!

—Oh! no tengo ganas de reír: ese infeliz Gustavo... allí se halla, coronel... pero ¡en qué estado gra n Dios!

Acérase el coronel con precaución á la cama de su sobrino, el cual durante el diálogo anterior, se había fro-tado la cara con higos secos poniéndola amarilla y terrorosa. Examinólo con asombro el coronel, y Oliver vuelve el rostro á otro lado, porque le da fuertes ganas de reír el contrito y desfigurado semblante de su amigo.

—¿Qué es, pues, lo que tiene! dice por último el coronel Sopolano, examinando á Gustavo con aire incrédulo.

—¡Ah! coronel... ¡una fiere celebral!

—¡Pero desde cuando la padece?

—Desde ayer.

—¡Ah! desde ayer... y sin duda para curar la calentura ha ido usted esta mañana disfrazado de inglés á pelear con el dueño de un almacén de vinos.

—El medio ha sido bastante fuerte:

pero hallándose tan malo Gustavo...

—¡Mil lanzas!... no se cura la calentura con Champagne!

—Seguramente; pero ese vino lo he tomado para fortalecer mis fuerzas á fin de poder velar á su sobrino de usted sin desfalgarle.

—Y para adquirirlo deja usted en prenda á su criado?

—No tenemos otra hipoteca.

—Esponer á este pobre mozo á ser encarcelado, ¡voto á cien caballos!...

—Coronel, Patroelo se hizo matar por Aquiles; Polux está muerto la mitad del año por su hermano Castor; Orfeo bajó á los infiernos en busca de su muger; Telémaco hizo la misma caminata para encontrar á su padre; San Vicente Paul se hizo enviar á galeras por unas gentes que no merecían la pena; y Benito puede dormir en la cárcel por su amo.

—Aquí no se trata de Orfeo ni de Castor, ni de toda esa gente; se trata de mi sobrino, que, gracias á usted, no hace mas que dispartar.

—Creo que usted me liosonga.

—¡Ha perdido el habla?

—Es que se halla en un sopor momentáneo, efecto del acceso que acaba de tener.

—Y qué demonios tiene en la cara?

—Los bultos que ha levantado la calentura.

—¡Ha llamado usted al médico!

—¡Todavía no.

—Como... ¡estando su amigo malo de peligro!...

—Es que no tenemos dinero para comprar los medicamentos que recete el doctor.

—¡Qué conducta!... sin dinero para vivir...

—Coronel, ese es pernice que experimentan hombres honradísimos.

—Mas usted que tiene un empleo... Pero tráiganos usted un médico al instante.

—Un médico... ¿para qué!

—Cien escuadrones!... ¡es singular la pregunta! Quiero saber que enfermedad es ésta... en todo caso

no le dejaré aquí seguramente. ¡Mil bombas! ¡Qué desórden! ¡vestidos por el suelo! ¡platos debajo de la mesa!...

—Es que tengo un gato, coronel.

—¡Varios taponés!... ¡ah!... ¡ah!... ¡ha puesto usted también para su gato debajo de la mesa aquella bolsa de muger!

—¡Cáspita!... Gracias á Dios que la encuentro al fin: es la bolsa de lamozuela que me hace la cama: esta mañana la anduve buscando mas de dos horas por el cuarto sin poderla hallarla, y la pobrecilla Frasquita creía haberla perdido en la calle.

—¡Holá! porque la muger que le hace á usted la cama gasta bolsa de tanto lujo?

—¿Qué tiene eso de particular? todas las mugeres las llevan así... es cosa que se ha hecho muy comun.

—Está bien; pero no pierda usted tiempo; tráigame usted un médico... yo le aguardo al lado de mi sobrino.

—No tiene usted por qué incomodarse: está durmiendo el enfermo, y puede usted venir conmigo... así encontraremos al médico con mas prontitud.

—Haga usted lo que le digo. ¡Mil caballos!... Aquí me quedo... voy á probarle que soy hombre testarudo.

El coronel se enfadaba de veras, y no habia medio de hacerle cambiar de resolución.

—Partid, dijo para sí Oliver: Gustavo y las dos mocicas saldrán del atolladero como Dios les dé á entender: yo he hecho cuanto podia hacerse, y me pongo en salvo.

No quedó Gustavo á sus anchas. Durante el diálogo de su tio con Oliver, habia estado á pique de soltar muchas veces la carcajada; pero se contuvo esperando que este saliese.

Cuando vio marchar á Oliver, y sentido á su tio en medio del aposento, perdió el ánimo y estuvo tentado á echar al aire sábanas y mantas; pero se estuvo quieto por un resto de esperanza. La sujeción se prolongaba demasiado, y temiendo que las mozu-